

PAJOSOY

BIBLIOTECA DE "LA ESFERA"

987.00207
103
M966
1928?

ANECDOTARIO VENEZOLANO

Por EL BACHILLER MUNGUIA



EDITORIAL "PATRIA"

PROLOGO

Mi distinguido amigo, compañero inseparable 'El Bachiller Mungía', tuvo la peregrina ocurrencia de reunir un buen porqué o puñado de historietas vernáculas, vistas u oídas de otros labios, ya tomadas de la historia y arregladas por él con su música peculiar, música de 'cuatro' o de fotuto indígena; pero cuya sustancia principal está más o menos "inérita", ya que la verdadera acepción de la palabra anécdota, es la de "inérito". (1). En el fondo este "Anecdotario es un curso completo y popular de nuestra historia, y por de contado que mucho más alegre, para el vulgo, que la misma historia, y ya esto resulta un mérito, a no tener otro."

En la vida de las naciones y de sus grandes hombres la anécdota pungitiva, llena de ironía exquisita o el simple chascarrillo salido de labios ilustres, adquieren la fuerza de la historia; son su adorno y complemento, y ciertas o no, son como los puntos señeros que mejor determinan una vida egregia, poniéndola en

comunicación más directa con el pueblo, siempre más insustancial que pensador.

Pero ¿quién dijo que una anécdota, un chascarrillo, no dan muchas veces qué pensar? Cicerón se entretuvo, como este "Bachiller", en formar una colección de anécdotas a las que dió tanta importancia como a la historia; y el célebre Procopio después de escribir la del Emperador Justiniano, no le pareció perfecta si no escribía una vida anecdótica del mismo Emperador, y es fama que ésta gustó más que la verdadera historia.

Una anécdota pinta mejor que muchos pasajes históricos, una época o un hombre, y muchos de esos chistes fueron inventados por el odio partidario, si es malo, o por la acción banderiza, si es bueno; pero tienen siempre algún fundamento que el ducho en la historia de su país pueda ir descubriendo.

Por esto la anécdota constituye un honesto esparcimiento de estudio, cuando en diferentes tiempos y países el erudito las encuentra repetidas quizá sin que los autores o las personas a quienes se les atribuyen, se hayan dado cuenta. Por regla general, en esas anécdotas puede asegurarse que sólo han coincidido los protagonistas, porque se verían en iguales o parecidos casos, y el ingenio o la chispa brotaron espontáneos.

En el prólogo que pusimos a nuestra obrita: "El humorismo del Libertador", hicimos algunas observaciones al hablar de la vida humorística del genio, presentando la anécdota

(1) El autor ha desechado la mayor parte de las muy conocidas, y que andan en boca de todo el mundo.

como la flor espiritual, ya burda o exquisita, de su historia. Allí hicimos notar que algunas anécdotas que como auténticas fueron atribuidas a Bolívar, las habíamos rastreado en la vida de otros varones notables, como es la muy conocida que se atribuye a Enrique IV, el bearnés (1).

Pues asimismo, en la vida de nuestros hombres espectables, de quienes se contarán aquí anécdotas, se verá que algunas tendrán parecido con las de hombres de otros países, y no sabemos si fueron coincidencias o copias; pero en las cuales brilla siempre la "oportunidad del momento" en que fueron dichas, lo cual desde luego les da el "cachet" incontestable de originalidad vernácula.

Macaulay era uno de los que creían que la historia se forma, en gran parte, con los chismes y minucias del vulgo, y por eso abundan en sus sesudos escritos; y conocidas son las palabras de Merimée: "No amo ni busco en la historia sino las anécdotas"; y Balzac pensaba de ellas: "Que la anécdota es el pasaporte de toda moral y el antinarcótico en todos los libros"; y por último el colombiano J. Manuel Mallorquín piensa: "Muy errados van los que juzgan que se pierde poco cuando se pierde la memoria de las cosas menudas y comunes de cada época", todo lo cual va contra la frase de Voltaire, según la cual "a la historia no debe dársele si no lo que sea digno de ella"; frase que estaría bien en un asceta o historiador pul-

(1) "Humorismo del Libertador"; anécdota No. 11.

cro, y no en él que inventó tantas patrañas y facecias.

En Europa, donde la cultura es intensa se narran en los diarios y revistas anécdotas de hombres eminentes y contemporáneos que muchas veces son escabrosas o nada honrosas, sin que aquéllos se molesten por semejantes menudencias, que pintan muy bien un momento dado. Máximo Du Camp tenía fama de deformar la historia de los contemporáneos con cosas de su inventiva; pero hay que advertir que como ha dicho otro escritor: "la anécdota entraña siempre una parte de error mezclada a la verdad".

Sabido es que Luis XIV, no dijo nunca la célebre frase anecdótica: "El Estado soy yo"; así como tal vez Bolívar no dijo nunca aquello de: "Si la naturaleza se opone..."; pero su frase es de tan enérgica y elocuente grandeza, que pinta, mejor que nada, los rasgos del momento; y hay que creer en ella aunque sea en el reino de las anécdotas.

Hablamos de países y de hombres verdaderamente cultos y aunque aquí estamos bastante atrasados, es bueno ir enseñando que ninguna persona realmente ilustre debe molestar-se por un chiste que su actuación en las altas esferas o la malicia humana, los haya inventado, mucho más cuando pasadas las pasiones del momento sólo un recuerdo más o menos espiritual, se nos antojan esos chistes; entonces no son más que un recreo o curso popular de historia, en que no vemos sino la gracia, si alguna tienen. Según el propio San Jerónimo, los chistes y anécdotas de Platón recreaban su

espíritu cuando en las largas vigiliass lloraba los extravíos de su juventud. Y por aquí veremos que Platón, el más grave autor filosófico se entretenía haciendo chistes.

Lo importante es que la anécdota, contada o llegada a nuestros oídos por la voz popular, tenga algunos visos de verdad o probabilidad, dadas las circunstancias que la engendraron, y aún cuando la hayamos visto aplicada a otros ilustres; ahí entrará la labor del erudito.

Como una muestra, y sin invadir los dominios de "El Bachiller"; narraré la primera.

Se cuenta que durante la Administración del General Cipriano Castro que, si pecó por muchos respectos, no pecó por ser muy aventajado de talla, se hablaba delante de él, de los "hombres grandes", es decir, de largo metraje, como las películas.

Alguno por halagarle dijo que esos hombres "grandotes" regularmente son como el antiguo "Hotel Klindt": fachada y nada más que fachada... Parece que el propio General aludió a su pequeñez estatuaría, y entonces un notable académico, hombre de ingenio, dijo:

—Los hombres como usted no se miden sino de la frente para arriba.

La "salida" era muy buena, y fue probable que el académico, como hombre sapiente y erudito, conociera la anécdota de antemano; pero la dijo en tiempo tan oportuno y categórico, que muy bien pudo ser un "improntu" que brotó de su meollo sin acordarse de que tiene esa "plancha" raíces en la historia, y no pierde por tanto el mérito de la originalidad; todo lo cual, y con mucha justicia, le valió la

Presidencia de un Estado, en el que hizo un magnífico Gobierno, en que aún se le recuerda.

He traído a colación esta anécdota para demostrar que es del "Tostado", o sea aquel egregio Obispo de Avila, Alonso de Madrigal, cuya sapiencia fue tanta y escribió sobre tantos asuntos que se hizo refrán desde entonces: "Escribir más que "El Tostado".

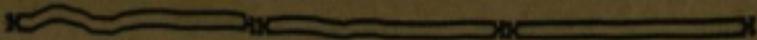
Cuentan las crónicas que "El Tostado" era de muy pequeña estatura, casi contrahecho, y cuando fue a Roma a visitar al Papa Eugenio IV, al cual había llegado la fama del Obispo, al acercarse al Pontífice en actitud humilde, lo holgado de sus hábitos talares hizo creer al Papa que el Obispo estaba arrodillado en su presencia.

—¡Levántese! le dijo el Papa; un sabio como usted no debe estar de rodillas ante mí.

—¡Ni ante nadie! respondió "El Tostado" que fue un hombre tan enérgico como sabio; ignora las costumbres italianas; pero en mi país "medimos a los hombres por la frente, jamás por la estatura".

Ahora leed estas anécdotas venezolanas, que no son sino una inocente caricatura de la historia, aunque muy bien fundadas en ella, y aún cuando el muy serio señor de Thiers afirmó que no le gustaba la caricatura en historia, algunas veces las empleó; prueba de que le pareció algo característico y muy determinativo de las circunstancias y de los personajes.

Juan JOSE CHURION.



CEDEÑO Y ZARAZA

No se sabe qué viejo pique tenían los dos beneméritos próceres del Alto Llano, Manuel Cedeño y Pedro Zaraza. No sería grave cosa, y tal vez producto de la superficial maledicencia llanera que gusta de hacer chanza con todo el mundo.

Zaraza había sido derrotado por Latorre en "La Hogaza", el 2 de diciembre de 1817. El Libertador había ordenado la concentración de las tropas que obraban por todas aquellas regiones, en San Diego, y allí se vieron antes de marchar a sus respectivos destinos Zaraza y Cedeño.

El "Taita Cordillera" (Zaraza) hablaba de Cedeño, que en agosto de 1814, tuvo la desgracia de haber sido derrotado en el propio lugar de San Diego de Cabrutica por Bartolomé Martínez, realista; y Cedeño se desquitaba hablando del reciente desastre de "La Hogaza".

En un elegante y aristocrático rancho pa-

jizo de la población se dió un suntuoso sarao, vulgo "joropo" o baile de capdil, al que asistieron ambos próceres. Sabido es que el llanero es consumado cantor, que maneja con intuitiva facilidad el verso octosilabo que es el propio de sus "galerones" y "corrios". Zaraza era gran cantador y repentista cuando al pie de la "venaa" (el arpa) cogía los capachos y se regaba perdiéndose de vista....

Cedeño, a pesar de ser llanero también, en él había quebrado la regla, y no era capaz de hacer dos versos octosilabos, y apenas si buscaba el consonante final que le golpeaba en el oído. Ambos se desafiaron, no a matarse, porque en el fondo se estimaban, sino como es costumbre en los joropos llaneros, a ver quién cantaba más improvisando "al rompe".

—No mano, dijo Cedeño; usté sabe que no soy facurto y tengo el pecho ronco.

—Pues compae, el mío es una campana. ¡Acomódese que nos vamo a contrapuntia!

—Pero Taita, es que no soy entendio en eso.

Zaraza tomó los capachos de manos del maraquero, "esgarró", lanzó un "Ayyy" melancólico y prolongado, movió las maracas en un largo y sostenido trémolo de apertura; el "arpisto" registró el arpa en sus triples, y el ilustre vencedor en "Alacrán" se "arancó" por todo lo alto, del siguiente modo:

"Dicen que mi lengua pica;
Cedeño lo anda diciendo;
yo sé que lo está mordiendo
San Diego de Cabrutica".

Todos aplaudieron la improvisación, y reataron a Cedeño que se reía también, pero sin dar muestras de querer cantar.

—¡Qué cante, qué cante! Cómo se va a quedá con ese gorpe tan bien tirao!

Tanto le "embromaron" que al fin dijo estos versos sin medida ni compás, como de un vanguardista pampero:

"De mi topia no se borre
que al general Pedro Zaraza
lo derrotó en "La Hogaza"
el general Latorre".

Zaraza medio incomodado dijo:

—No viejó, así no me mata a mí. ¡Eso no es verso!...

—No es verso, pero es verdá, terminó Cedeño.



NADA ES DIFÍCIL A LOS MORTALES

Según los datos del Dr. F. González Guinán, gran cronista de su ciudad natal, Valencia, la casa que en aquella urbe habitó el General José Antonio Páez por los años de 1829, cuando "tiró la parada" de hacer la secesión de la Gran Colombia quedándose con los Departamentos del Norte, era una obra de arte para aquellos atrasados tiempos.

La vivienda del Centauro estaba en la intersección de las calles de "Boyacá" y "El Sol", y después de perfectamente rebocada y terminada en sus obras de albañilería y carpintería, fue decorada por el notable pintor don Pedro Castillo, que "dragoneaba" por entonces de Arturo Michelená, ambos nacidos en el mismo suelo valenciano.

El artista bajo la inspiración del dueño egregio de la casona ilustre, plasmó en sus muros y plafones toda la asombrosa historia

bélica del Héroe: "Mata de la Miel", "Yagual", "Mucuritas", "Las Queseras", "Carabobo"... ¡nombres sonoros e inmortales!...

Pero el General Páez, y fue una de las cosas malas de él, las echaba de literato, ¡un hombre tan macho como aquel! de moralista "componedor" de máximas y sentencias como las de Epicteto o Marco Aurelio, y así hizo inscribir en los aleros y cornisas axiomas un poco amanerados y faltos de enjundia filosófica, pues sobresalen en ellos la loanza a la amistad, y Páez, acá "inter nos", no fue amigo de nadie, especialmente del Libertador, y por eso no tenían mérito eficaz pensamientos como estos que hizo escribir: "La vista de un amigo refresca como el rocío de la mañana", "Primero olvidarme de mí mismo que olvidar a mis amigos", "Mi amigo es otro yo". Pensamientos sumamente cursis, dignos de un andrógino pero no de un hombre tan "barbasco" y "brejetero" como el leyendario hipántropo, cuyo solo nombre infundía espanto en las contrarias huestes.

En la fachada principal de la casa, sobre el dintel de la puerta hizo escribir este otro pensamiento, el cual quería que lo leyese todo el mundo al entrar, pues le daba mucha importancia: **"Nada es difícil a los mortales"**.

Uno de sus áulicos o paniaguados, de los que hacían la tertulia del General, el señor X, tenía el defecto de ser patiestevado o patituerto, y el mismo General que tenía la gracia del llanero para poner motes, le llamaba: "El Cambao".

Este buen señor para halagar a su ilustre

Jefe, hizo poner también sobre el portón de su casa, el referido pensamiento que brotó del cerebro de Páez: "Nada es difícil a los mortales"; pero como los valencianos como los caraqueños son de la mismísima piel del Demonio, en tomar inocentemente el pelo a todo el mundo, un día amaneció escrita la siguiente redondilla, sobre el muro de la casa del paticojo:

"Si nada difícil es,
según tu lengua relata;
enderízate esa pata
que la tienes al revés".

Y quedó reducido a polvo el pensamiento paccino, pues enderezar una piernas entre paréntesis es algo difícil.



LA YERBA DEL PARA Y EL GAMELOTE

Esto no es propiamente una fábula como la del té de la China, de Iriarte, sino otra plancha del tiempo del ilustre Páez, quien como criador y llanero se preocupaba mucho del fomento del ganado caballar como vacuno; y si bien su intento de poblar de peces marítimos el Lago de Valencia fue una tontería, a él se le debió el cultivo en gran escala de la yerba del Pará, traída del Brasil, muy poco conocida entonces en Venezuela y de la que él había sembrado algunos tablones en su hato de San Pablo, regado por el Paya y el Guárico.

En 1834, al mismo tiempo que la planta "Chichunchulli" que decían que era buena para curar el mal de San Lázaro, cuya introducción se hizo en Venezuela, pidió al Congreso que dispusiera del erario una suma para importar en gran remesa la yerba del Pará,



que sería distribuida entre criadores y agricultores.

En el Congreso llevó la palabra del General Páez, el Licenciado don Rufino González, notable orador, quien en un magnífico discurso elogió las propiedades de aquel nuevo forraje que daría más vitalidad a nuestros ganados diezmados por la peste en la región de Apure.

Después de la sesión el diputado doctor Miguel Anzola elogiaba lo bueno del discurso al señor Vicente Lecuna, Vicepresidente del Senado y que tenía en aquellos momentos un "pique" viejo con González, diciéndole:

—¿No le ha parecido a usted muy monumental el discurso del Licenciado?

—Muy "jumental" sí.

—¿Cómo "jumental"?

—Naturalmente, ¿quién mejor que un burro puede distinguir las diferencias nutritivas que hay entre la yerba del Pará y nuestro humilde gamelote?...



LA ENORME MEMORIA DEL ILUSTRE

Daba un sarao el general Guzmán Blanco después de su entrada a Caracas el 86, cuando la Aclamación, y un general que había sido de los "demoledores" y "lincheros", hacía todo lo posible para que el Ilustre se fijara en él, hasta que Guzmán fastidiado de verle hacer mil desplantes, le preguntó:

—¿No es usted el coronel Peláez?

—Justamente, señor; el general Pérez.

—¿No fue usted diputado en el Quinquenio?

—Eso es, en el Septenio.

—¿Es usted de Guanare?

—Sí señor, de Carache.

—Recuerdo que usted escribió un folleto contra los liberales.

—Contra los godos, tiene usted razón.

El Ilustre quedóse loco con aquel hombre que le barajaba tan bien los tiros, y nuestro

tipo volviéndose hacia los otros áulicos que querían tomarle el pelo, les dijo:

—Es increíble la enorme memoria que tiene Guzmán; de todo se acuerda.

El Ilustre, resentido con aquella confianza, le replicó:

—¿Por qué no me da usted mi título de General o el de Ilustre Regenerador y Pacificador de Venezuela?

—Señor, respondió el otro, a los grandes hombres siempre los he oído llamar Napoleón, Bolívar, y a usted por tanto, sólo debemos llamarle Guzmán...

El día siguiente le nombraron Administrador de una aduana.



UNA ESTRATAGEMA DE MATIAS SALAZAR

Allá en tiempos de las bárbaras naciones, cuando aquí éramos "godos" y por tanto pagábamos aún algunos derechos o tributos de origen hispano, como el Almojarifazgo, derecho de pontazgo y otros, había una alcabala junto al Puente de Anauco, donde todo el que entraba o salía con mercancías o animales de venta, tenía que pagar por una muy módica tarifa.

El general Matías Salazar, a más de ilustre guerrillero, aspirante a la Presidencia de la República, comenzó su azarosa vida por ser de todo para distraer el hambre. Tuvo varios oficios peligrosísimos, entre ellos: maestro de escuela, sacristán de iglesia y torero. "¿Sacristán y torero? ¡qué buena mezcla!", como dicen en "Las Bribonas".

En una ocasión, y en Caracas, tuvo que dedicarse al transporte con un carro de su propiedad, y he aquí la estratagema de que, según

contaba él, se valió para meter en la ciudad los víveres de una pulpería que tuvo en Chacao, y que acababa de cerrar porque había estallado la guerra de la Federación.

Muy de madrugada cargó los "corotos" sobre la carreta y emprendió la marcha hacia Caracas, "cantando bajito". Llegó al Puente de Anaúco cuando estaba "aclarándito y ya entre dos luces". Con mucho sigilo se aproximó al corredor de la casa en que estaba el alcabalero y vió que dormitaba envuelto en su cobija de bayeta de la Sierra, pues un regular friíto decembrino bajaba del Avila.

Paso a paso, muy lentamente como para que no chirriara mucho la carreta, la fué adelantando todo lo que pudo, y ya había pasado el carro por frente al corredor, cuando el perro vigilante comenzó a ladrar furiosamente.

Matiitas entonces tuvo una idea feliz: rápidamente hizo dar "frente a retaguardia" al carro, es decir: puso otra vez la mula en dirección a Chacao, hacia la salida. Despertó el alcabalero a los ladridos y se vino sobre el fognazo:

—Oiga, jefe, preguntó Matias ¿Tengo que pagar por llevar estos "corotos" a Chacao?

—¿Cómo que no? Aquí paga, entre o salga, tóo bicho de uña!

—Pues entonces no llevo nada porque estoy más limpio que talón de angelito, de a fisco.

Y volviendo a dar media vuelta a la carreta enfiló hacia la ciudad, no sin exclamar:

—Malditos sean estos godos del caray que quieren cobrar por todo!

* Y el alcabalero, sin comprender la treta de que había sido víctima por parte de un liberal, que naturalmente: como "liberal" le parecía que no era necesario pagar a nadie, terminó:

—Váyase tranquilo y no "rezongue" porque le puede caer el "macoco" encima y cantarle el "planeta" en las costillas.



A PRUEBA DE BALAS

Al invicto General Joaquín Crespo, aunque llanero viejo le gustaban mucho los "jurungos", especialmente los italianos; Luisi, que por lo demás fue un culto caballero, era el encargado de las óperas, y una vez le presentó un compatriota que se decía propietario de un magnífico invento guerrero.

El General, que no tenía pelo de tonto, se había visto importunado por muchos de la misma manera, y como toro orejano recibió al extranjero, hijo del Dante.

—Generale, dijo el toscano, io sonno possessore de un maraviglioso descubremento.

—Eche para fuera, dijo campechanamente don Joaquín.

—Ecco lo quá: é un sacco o paltó a proba di bala di rivolvers o de cannóne.

—A ver, a ver ¿Cómo es eso?

—Usté si pone il sacco e no hay bala que penetre in il suo corpo.

—¿Es decir que con esa chaqueta no le entra a uno ni coquito?

—Ecco lo quá!

—Vamos a probarlo.

Y llamando a uno de sus edecanes le dió orden de llevar al "musiú" a uno de los patios interiores de Santa Inés, donde esperaba un sargento con un pelotón de soldados. Llegó Crespo, hizo vestir la chaqueta al italiano, lo colocó delante del pelotón, y mandó que le apuntaran.

—¡Per la Madonna! exclamó el infeliz; ¿Ce cossa fai, mio Dio?

—Que vamos a probar si es verdad lo que usted dice, respondió Crespo.

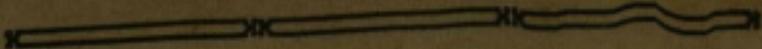
—¡Oh, per Bacco, mio Generale! esscusátemi, ma questo paltó por facherlo molto "impermeable" li falta ancora qualche cossa.

—Ah, conque le faltan todavía algunos corotos?

—Sí signore: io vaddo a buscarli.

Y el italiano no volvió más por todo aquello.





LA "MACOLLA" DEL LIBERTADOR

"La Mata" era una pintoresca y naciente población del Estado Trujillo, allá por los años de la Guerra a Muerte, situada entre Valera y Escuque. Para 1820 cuando Bolívar venía hacia el centro de Venezuela a consolidar la Independencia con la prodigiosa campaña final que culminaría en Carabobo, se detuvo en "La Mata", donde una distinguida familia apellidada Abreu, le ofreció un baile en la casa más espaciosa y cómoda del pueblo.

El clima templado y casi frío de aquella privilegiada región, dió fama a la belleza de las "mateñas", y al intenso color sonrosado de sus mejillas de "nieve y leche", que no tenían necesidad de acudir a las misteriosas barritas de bermellón, como las chicas de ahora, que parecen cuadros al pastel, según van de pintarrajeadas.

La familia del sencillo y lugareño obsequio, sabedora de los gustos de don Simón, escogió las humanas y más lindas flores de aquel pensil, y el Libertador, a pesar de su grandeza, no le quedó otro recurso sino quedarse "pasmado" como cualquier tonto de capirote, al ver aquel joyante ramillete de nicuas y cundeamores vernáculos.

Presentáronle, "para abrir boca", una bella niña de apellido Mata, que por ojos se traía un par de negros asesinos. Don Simón, galante, le dijo:

—¿Usted es de "La Mata" y además de apellido Mata? Muy bien puesto el patronimico, pues usted mata dos veces con ese par de ojos que Dios le ha dado.

Bolívar lleno de entusiasmo por haber hallado en aquel rincón andino el Paraíso de las hurries de Mahoma, pensaba en hacerse turco y darse al Profeta, y en un raptó de gentileza dijo que aquella no era una "mata" sino una "macolla" de frescas y odorantes flores capaces de rivalizar con las rosas de los jardines de Armida.

Pero todas aquellas jóvenes como muchachas pueblerinas eran de sólida virtud y recatado continente, y el glorioso Picaflor apenas si pudo oler el vaho incitante de las corolas opulentas, por lo que el coronel José Gabriel Pérez, caraqueño como él, que entonces era Ayudante general, decía entre un grupo de oficiales:

—Lo que es el Libertador aquí puja... pero no arranca la macolla....

LOS POSTRES DEL LICENCIADO

El Licenciado Juan Vicente González tuvo fama de ser muy comilón, pero al revés del cronista católico "Fides", que parece un "Fideo", a pesar de que también come mucho, el Licenciado lucíale lo que comía, pues fue enormemente tripudo, de modo que parecía que iba a estallar de un momento a otro.

Fuera de sus graves y sustanciosas comidas ordinarias a las horas de ley, entre meriendas solía embaular por cuentas, alfajores, cuquitas y besitos, platos enteros de tequiche o majarete, palanganas de arroz con coco, conserva o dulce de lechoza, etc.

En 1849, el Licenciado había fundado su célebre colegio "El Salvador del Mundo", que estuvo situado entre las esquinas de Veroes y Jesuítas, y por una de esas contraposiciones del carácter, a los chicos internos del colegio les tenía a media asta y poco alpiste, pues de-

cía, como su homónimo el Licenciado Cabra, que el no comer es "salud y otro tanto ingenio".

Cosa curiosa: el Licenciado González se parecía al Licenciado Cabra en no dar de comer a los alumnos, lo mismo que el señor Feliciano Montenegro y Colón, Director del colegio de "La Independencia"... y como todos los directores de colegio con internos; pero Cabra de flaco parecía una cervatana, en tanto que González de puro rollizo parecía un tonel. El uno no comía, como sus discípulos, el otro tragaba como Gargantúa.

Como el Licenciado González era gran latinista, le llamaban los profesores del colegio, y lo regaban los chicos a la chitacallando: "Fabio Gurges", sobrenombre que dieron los romanos al general Fabio Quinto Máximo, a quien apodaron "Gurges", (glotón) y le decían también "Flavius Dentatus, ventri natus, vesana gula", y le sacaron estos versos:

"Tres cosas me tienen preso
de amores el corazón:
el plátano, el chicharrón
y las cachapas con queso".

En cierta oportunidad, aseguraba el Licenciado que lo único que no le gustaba en los banquetes a que lo convidaban, (cuando alguno tenía valor para semejante cosa) eran los postres.

—¿Por qué? —le preguntaron—. Lo natural es gustar algo dulce después de la comida.

—No es eso, respondió González; es que como la palabra "postre" viene de "postrero", eso anuncia que la comida se acabó; y yo preferiría que me empezaran de nuevo por la sopa.





LA RACION DE CARNE

En anterior anécdota del Licenciado Juan Vicente González, que fueron en él manantial inagotable, contamos lo tragón que era, pues por una de esas felices facultades era tan cerebral como estomacal; la brillante potencia asimilativa que acumulaba en el lúcido cerebro, era tan grande como la potencia fisiológica del duódeno, del páncreas y del píloro. Algunos creyeron que su estómago era de zamuro o tonel sin fondo como el de las Danaidas.

Fundado el colegio "El Salvador del Mundo", en 1849, como ya dijimos, a él acudieron muy buenos alumnos, seducidos por la enorme inteligencia del Director quien por complacer a muchos padres de Caracas como del Interior, puso internado.

A poco los jóvenes internos comenzaron a sentir los graves trastornos de la vigilia y del ayuno. Se quejaban de que en los platos les ponían una o dos docenas de caracotas nadando en un mar de agua negra, y hasta decían que para pescar un granito tenían que echarse a

nado para atraparlo. Las rebanadas de pan se las llevaba el viento cuando soplabá el Catia con alguna fuerza.

La carne misma que en aquellos tiempos se vendía a cuatro reales la arroba, no la olián sino dos veces a la semana, y los chicos andaban a pescozones por disputarse las tajadas, que sólo se veían con el auxilio de potente microscopio. Una ocasión, el joven Clemente Zárraga le comió la ración a Octavio Pardo, y éste puso el grito en el cielo, que era el único punto donde lo podía poner:

—¡Mi carne! Mi carne! —gritaba el joven Pardo.

Al alboroto que se armó, se vino el Licenciado González al comedor, y con su voz atildada, preguntó:

—¿A ver? ¿Qué le pasa al señor Pardo?

—¡Mi carne! ¡que me han comido mi carne!

—¿Pero aquí hay algún antropófago que se atreva a mascar la carne del señor Pardo?

—No es mi carne, sino lo que tenía en el plato, y fue Clemente Zárraga.

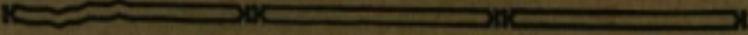
—A ver, señor Zárraga, ¿dónde está la ración carnívora del señor Pardo?

—Si la tiene en su plato, Licenciado.

—¿Cómo voy a tenerla si no la veo, respondió Pardo.

—Es que se la dejé escondida tras un grano de caraota...

La lección aprovechó al Licenciado, el cual mandó que en lo sucesivo les pusieran a los internos dos "hilachas" más de carne, en cada plato.



EL CAPITÁN ARAÑA

Por el mes de mayo de 1821, el general Juan Bautista Arismendi, terror de los isleños, tal vez porque él mismo era isleño, de Margarita, andaba por los campos de Píritu, huyendo de la quema, pues le hicieron salir corriendo de la heroica Isla, embarcándose en pelo, por que "los motores" de la revolución le iban a poner los mangos a cuartillo.

A bordo de la goleta "Nuevo Congreso", volvió a pasar la mar negra, pues al momento de dar órdenes de zarpar, la escasa tripulación se amotinó, diciendo el capitán: "¡A tierra! a tierra! o echamos el barco a pique: aquí no reconocemos a nadie sino al capitán del barco"!

Fue necesario dejar la gente en tierra, pues al general Arismendi le sucedió lo contrario que al célebre "Capitán Araña", que embarcaba la gente y él se quedaba en el muelle, pues aquí fue a él a quien dejaron en el agua y ellos se marcharon a tierra.

Tras muchas peripecias desembarcó por los lados de Barcelona o Piritu, desde donde se apresuró a officiar al Vicepresidente del Departamento Venezuela, que lo era el general Carlos Soublette, oficio que comenzaba de esta manera: "A las once y media de esta madrugada he llegado a esta ciudad en "compañía" del coronel Pablo Ruiz". . . .

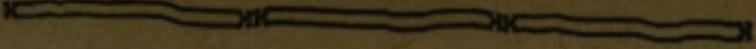
Cuando el Vicepresidente recibió y leyó la comunicación, dijo:

—¿Cómo es esto? El general Arismendi ha quedado loco del susto que le dieron en Margarita; dice que ha llegado "a las once y media de la madrugada" a Barcelona. Será que en Barcelona la madrugada comienza a las once de la noche?

—No, —respondió uno de sus ayudantes—; es que el general Arismendi lo que quiso decir fue que madrugó mucho para llegar a Barcelona.

—Sí; pero no por mucho madrugar le amaneció más temprano, más le madrugaron los otros desde luego que lo hicieron salir de raspa de la Isla.





ETNOLOGIA Y CERAMICA

Cuenta don Tulio Febres Cordero en su obra: "Historia de los Andes", en la parte que toca la "Procedencia y lengua de los aborígenes", que cierto viajero halló un cráneo en una misión de indios motilonos, que reputó sería de la época paleolítica o pliocena, y se la remitió a un profundísimo sabio etnólogo que en la vastísima sapiencia que atesoraba, escribió un sesudo estudio en que probaba la efectiva antigüedad del cráneo, época prehistórica, 400.000 años antes de J. C. (J. C. no quiere decir: Joaquín Crespo).

Pero en esto le llegó carta del amigo remitente que estaba en San Cristóbal del Táchira, diciéndole que había padecido un error, que el cráneo que le remitió, según supo por los propios indios motilonos o capachos, era de un pobre capuchino español que apenas tenía 20 años de muerto. Y el muy erudito don

Tulio termina escribiendo en medio del mayor escepticismo que esos cráneos no dicen nada. (Así es toda esa ciencia confusa de los orígenes del hombre!)

Pues aquí, en Caracas, pasó algo parecido con un raro vaso de cerámica indígena que un campesino toscaminuense, levantó con la reja del arado. El ancho pote que parecía una sopera u otro vaso de íntimo uso nocturno, fue llevado a Aristides Rojas que ya era notable anticuario y coleccionista de cachivaches y chirimbolos raros.

Don Aristides llamó al doctor Ernst y a un reputado lingüista indígena, por saber todas las lenguas y dialectos que hablaron los aborígenes de Venezuela, pues el pote en cuestión presentaba signos rudimentarios de escritura. Bien limpio el pote se vió que tenía toscamente grabadas estas iniciales:

O. L.
 L. A. P.
 A. R. A. S. A.
 N. C. O.
 C. H.
 O

El sabio lingüista, palentólogo, cerámico, arqueólogo y etnólogo opinó que aquel vaso era para los sacrificios a la diosa Amalivac, por los caracteres abreviados.

El vaso fue expuesto en la "Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales" con todas las reservas del caso, sólo con la relación del sabio, y dió la casualidad, de que un viejecito nonagenario de Los Dos Caminos, vió el po-

te, y al punto exclamó con inusitada alegría:

—¡Esta es mi olla! ¡Esta es mi olla!...

Invitado a explicarse dijo, que cuando él era gañán en Los Dos Caminos, en tiempo de la Guerra de las Reformas, en 1835, acostumbraba llevar aquella olla a la labranza con su sancocho dentro, y que una vez se le perdió en uno de los surcos que él mismo había abierto con la yunta de bueyes, y no la había vuelto a ver.

—Y cómo sabe usted que es su olla?

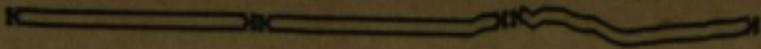
—Guá, por las letras que tiene que se las jice poné por ño Policarpo, qu'era el mejó alfarero qu'había pu aquellos laos.

—Bueno, ¿entonces qué dicen esas letras, que creíamos que eran iniciales o abreviaturas?

El viejecito leyó y dijo:

—Pos allí lo que ice es: "Olla para sancocho". (Léase con calma la inscripción, quitando los puntos y uniendo las letras).





EL "VIOLIN" TELEFONICO

Cuando, en 1882 trajo el señor Gerardo Borges el primer par de teléfonos, que eran microfónicos, los montó en la Estación Central de Telégrafos, que estaba entonces donde está hoy el "Museo Boliviano," y se hicieron los primeros ensayos entre Caracas y Petare, con notable resultado. El doctor X., que no era precisamente el doctor Manuel Antonio Díez, temperaba en Petare, y llamó por teléfono a Guzmán Blanco para felicitarle por aquel adelanto. Guzmán estaba en la Oficina presenciando los ensayos.

El doctor X. aunque amigo y consejero íntimo de Guzmán, tenía no obstante eso, el grave defecto de que le olía muy mal la boca, a consecuencia de una dispensia gastrointestinal que le hacía emitir por la boca un "violincito" parecido a cajón de mono o perolito de reverbero, y tenía la costumbre de al hablar meterle la boca materialmente en las narices al interlocutor.

—Esto es admirable, le decía el doctor X a Guzmán por el teléfono; esto se le debe a usted, si usted no estuviera mandando, ni tuviéramos teléfono ni siquiera se habría inventado.

—Gracias, muchas gracias, respondía el Ilustre; todo eso es verdad, aunque le pese a los godos.

—Esto es prodigioso; oigo la voz del Ilustre Americano como si estuviera ante su imponente presencia y hablando cara a cara.

—Eso es verdad, y yo oigo su voz tan cerca que ya estoy sintiendo hasta el "violincito" inconfundible.

Y Guzmán colgando la bocina, dijo a don Carlos M. Velásquez, a Maximiliano Lores y otros que presenciaban los ensayos:

—No sé si será idea mía; pero hablando por este aparato que parece cosa de brujos, con el doctor X, lo he oído.



EL ENIGMA DE LA ESCLAVA

Cuando el Libertador vino por última vez a su ciudad natal en 1827, ya amargado por todas las decepciones de la vida y de la política, llegó a una de sus casas patrimoniales, la situada en el ángulo sureste de la Plaza que lleva su nombre.

En los ratos en que lo dejaba en paz el protocolo y las fastidiosas recepciones oficiales, gustaba, en el seno de la familia, animar la ya muerta vida de los recuerdos gratos. Allí estaba la negra Matea que le recordaba su infancia, sus correrías por la Plaza de San Jacinto y por los cañamelares del Ingenio, en donde, como decía la ingenua esclava: "El niño Ricaurte le arrimó un tizón de candela a un barril de pólvora y dió el salto del tordito guanabanero".

En aquella ocasión, los ojos del Héroe se "aguaron", preñáronse de lágrimas y si no

rompió a llorar fue porque el protocolo se lo impedía, y además, allí, en la reunión, estaba el encoraginado Bermúdez, quien, muy macho como era, no le gustaba ver a los hombres llorando.

La negra Matea para disiparle el mal efecto que le había causado con sus reminiscencias, le presentó entonces a una negrita retaca y lambelanza, "pate en el suelo y bembona" que había permanecido bajo la amplia campana de los fogones de aquellos tiempos patriarcales. Bolívar que estaba a la puerta de la cocina, bajo un emparrado, para libertarse del humo de la leña que en el hogar cocía el maíz, llamó a la negrita:

—A ver ¿quién eres tú?

—¡Guá! niño. Su Mercé no se acuelda de mí?

—No, no hago memoria.

—¡Qué dememoriao! Pues yo soy su helmana porque mamamos la misma leche; y bastante que me emblomó y me jamaquió, porque Su Mercé era muy maluco cuando estaba muchacho. ¿No se acuelda?

—Pues a pesar de todo eso no me acuerdo todavía. ¡Ah, si tú supieras todas las cosas que he visto y que me han pasado comprenderías que tengo razón en no dar pic con bola!

—Mire, niño Simón: pa ve si acuelda, le digo que mi nombre empieza con "M".

—Ah, ya caigo: te llamas María.

—No, señó; está frío...

—Manuela!...

—Tampoco... frío... frío....

—Mamerta!

—¿Mamelta? eso es muy feo.

El Libertador que aunque triste estaba jovial dijo ocho o diez nombres, apurando los que empiezan por "M", y viendo que no acertaba y que la familia reía por no descifrar el enigma o logogrifo que le proponía una esclava simplecilla, terminó:

—Vamos, mujer; estoy más bruto que de costumbre y estaré hasta mañana sin descubrir tu nombre, si es que empieza por "M".

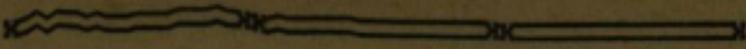
—Ah, ¿se rinde? Pues yo me llamo: "¡Emetelia"! "Eme...telia"! pa selvile a usté y a su familia...

Simón Bolívar, el Libertador de cinco Naciones lanzó una carcajada homérica que le hizo olvidar todas las cosas de la "Cosiata", y levantándose del taburete se metió hacia las habitaciones principales de la casa.

La negrita Emeteria, espantada del éxito que había tenido su charada, decía después en la cocina:

—¡Calamba! yo no sé cómo dicien que el niño Simón es tan "sabio", y no ha "sabio" mi nombre...





LA LOGICA DEL PREFECTO

En la época del Centenario del Libertador, en 1883, el señor don Valentín Espinal, hijo del ilustre repúblico de ese mismo nombre, no había cumplido ciertas disposiciones edilicias en su casa situada entre las esquinas de "Las Gradillas" y "San Jacinto", donde tenía la imprenta.

Como era antiguzmancista y enemigo "rajado" del Ilustre Americano, el Prefecto le llamó a su despacho y le dijo:

—¿Por qué usted no ha compuesto el frente de su casa según lo ordenado?

—Porque no he tenido cómo, materialmente.

—Pues le concedo a usted como plazo quince días y se le condena a pagar cien pesos de multa.

—Con cien pesos de multa menos podré componer la casa en quince días.

—Si no está para esa fecha, le pondremos entonces doscientos pesos más de multa.

—¿Para que pueda menos? ¡Qué logica tienen estos liberales del chorizo!

Y como don Valentín era viejo, godo, y cerrado como "casco de mula", el Prefecto fue bondadoso, y le dijo que hiciera lo que le diera la gana.



NO SE CAMBIA SIN INTERES

Don Ramón Suárez era un pulcro y honorable caballero que no tenía más defectos sino ser extramadamente enemigo de dar lo suyo, eufémicamente hablando. El poeta Reina escribió un drama o comedia en que lo pintaba de mano maestra.

Días antes de la trágica muerte de don Ramón, Reina había ido a la casa de aquél para que le cambiara una monedita de oro, de a cinco pesos. Don Ramón, según era costumbre, tomó la monedita y la mordió en la orilla para saber si era oro o no.

Dió la casualidad de que en ese momento le entrara un acceso de tos y en una profunda inhalación que hizo, la monedita se le fue por el gznate adentro.

Llamaron al doctor Calixto González, quien le propinó los más enérgicos purgantes.

Reina fue al día siguiente a ver que había

sucedido con su moneda y si ya estaba de nuevo en "circulación pública". Entró a tiempo que el doctor González salía de la habitación del enfermo.

—¿Qué hubo? le dijo Reina.

Y el doctor, llevándolo aparte:

—¿Querrá usted saber lo que es el carácter de don Ramón respecto al dinero?

—Sí señor.

—Pues, apesar de que le he administrado tres purgantes de aceite de tártago y uno de cálo mel, para que "devuelva" la monedita, no he logrado hasta ahora sino que devuelva una "bamba" de a cuatro reales. Él no cambia sin interés.



EL ORDEN DE LOS FACTORES NO ALTERA EL PRODUCTO

En 1846, cuando don Juan Vicente González era Jefe Político de Caracas y puso preso a don Antonio Leocadio Guzmán, sacándolo de un fogón previamente tapado con "mezclote", redactó su informe que apareció en su "Diario de la Tarde". El encargado de la copia fue el joven Díaz, oficial escribiente de la Secretaría del Interior, quien trocando los frenos escribió: "Al "habrirse" el "oyo" apareció el señor Guzmán, etc., etc."

Vió don Juan Vicente González el adefesio antes de darlo a las cajas, y con el papel en la mano entró en la oficina en donde trabajaban Díaz, Domínguez y otros, y con muestra del mayor regocijo preguntó:

—A ver ¿quién fué el que copió mi informe?

—Yo, dijo Díaz, creyendo que le iban a dar algún premio.

—¡Ah! ¿fue usted? Acompañeme al corral. Allá lo llevó y poniéndole en las manos una barra y una pala le hizo abrir un hoyo ancho y hondo de media vara, para sembrar una mata de mango que ya estaba "presa" y en pilón.

Cuando el joven sudoroso y "resollando grueso" terminó la tarea, don Juan Vicente le preguntó, enseñándole el papel:

—¿Pero dónde canastos ha visto usted que al verbo "abrir" se le ponga "h", y se le quite al sustantivo "hoyo".

—Licenciado, si se la quité a una palabra y se la puse a otra es igual; el orden de los factores no altera el producto.

—Pues por eso mismo le mandé a usted a abrir el hoyo y no al esclavo Matias, para que vea que es lo mismo un hoyo con h que sin h.



LAS "MANIOBRAS" DE PAEZ

El General Antonio Valero, Prócer de la Independencia, y célebre además, por ser ventrílocuo, después del sangriento combate de Taratara, en que tan mal herido salió otro ilustre Prócer, el General Judas Tadeo Píñango había quedado de Jefe militar de la Provincia de Coro.

La primera defección de Páez contra el Gobierno de Monagas, quedó vencida en Araguatos y en Taratara, y el Esclarecido Ciudadano tomó "la cachachá", o las de Villadiego, marchándose a Colombia y de allí al extranjero a revolucionar.

Desde los primeros días de junio del 49, el General Valero comunicaba a su Gobierno las noticias que le llegaban de Páez y de sus movimientos. Monagas que estaba en cuenta de los pasos subversivos de Páez, pero que no quería que se trasluciesen, creyendo aplacarlo por otros medios, se limitó a contestar a

Valero: "Deje usted obrar libremente al General Páez, que obra en connivencia con el Gobierno "que presido".

Llegó a Curazao el faccioso, y aunque Valero se había aquietado con las palabras de Monagas y se había declarado partidario de la política del: "Dejad hacer", volvió a alarmarse y escribió nuevamente a Monagas, y éste le repitió la misma receta: "Deje usted hacer al General Páez, obra en connivencia conmigo".

Valero se cruzó de brazos y se cruzó en su chinchorro coriano a esperar el rumbo de los acontecimientos. Desembarca Páez en La Vela y llega a Coro, donde ya estaba preso Valero, a quien guardó todas las consideraciones debidas a su alto procerato.

Valero hizo llamar a la sala de bandera, donde estaba detenido, al general Páez, y éste en atención a los méritos eminentes del compañero en la Guerra de Independencia se apresuró a visitarlo. Después de hablar breve rato y de ofrecerle Páez toda suerte de garantía al preso, éste se limitó a decirle:

—Sólo quiero, General, que me traigan recado de escribir para dirigirme a Monagas.

Trajéronle al punto lo pedido y Valero escribió esta lacónica misiva: "Señor General José Tadeo Monagas; siguiendo sus instrucciones dejé obrar al General Páez porque según me comunicó Ud. obraba de acuerdo con Su Excelencia, y lo ha hecho tan bien, ha obrado tan rápidamente, que acaba de hacerlo sobre mí mismo. Estoy en su poder y como cucaracha en baile de gallinas. Me he convencido de que Ve-

nezuela es un gallinero en que las que están arriba hoy "maniobran" sobre las de abajo, y éstas, a su vez, mañana, "maniobrarán" sobre las que estuvieron arriba."

Sin embargo, Páez a pesar de su inmenso prestigio, hacía una revolución tan impopular que a poco tenía que capitular en Macapo, fue deportado y siguió "maniobrando" en el extranjero, hasta que en 1861 volvió al País, sin necesidad de revolución porque el gallinero se había volcado de arriba abajo, sin su presencia.

LA FUERZA DE LA COSTUMBRE

El doctor Luis Felipe Blanco, sabio médico, estuvo durante mucho tiempo ejerciendo el cargo de Registrador Subalterno del Distrito Federal.

Una ocasión se le presentó Montezuma, "buquinista" o vendedor de libros viejos e infolios, diciéndole que tenía una edición muy rara de la Biblia. Como el Registrador estaba en esos momentos muy ocupado en echar firmas sobre los protocolos no se fijó bien en lo que Montezuma le decía:

—Son Las Santas Escrituras, el Antiguo y el Nuevo Testamento.

Y el doctor guiado por la fuerza de la costumbre, le atajó:

—Esas "escrituras y testamentos" hay que registrarlos previamente antes de darles curso legal, si no se entenderá usted con el Fiscal de Estampillas.

¡DOS VECES!

Siempre fue costumbre nuestra, y de todo el mundo, hablar mal de lo que deseamos, y de lo que no se nos ha otorgado por algún motivo. Fragilidad humana; nos parece malo, pero lo buscamos.

En tiempo de la primera presidencia de Crespo, siendo Ministro Calcaño Mathieu, que tan buenas "planchas" tenía, se le presentó una vez Potentini, con la cara como un tomate y los ojos más encarnizados que nunca.

—¿Qué vienes a buscar aquí?

—Primero que me dé una orden para la Tesorería.

—Bueno, se te dará, ¿y qué más?

—Luego que me dé la Orden del Libertador en cualquier clase.

—¡Hombre! ¿Éstás loco?.....

¿ CACHETADA O BOFETADA ?

Don Julio Calcaño era hombre tan amigo de la justeza en las palabras que no gustaba emplear unas por otras, porque según decía: no hay en el idioma palabras completamente sinónimas, y es "El castellano en Venezuela" un monumento de nuestros decires criollos en relación con el lenguaje paterno.

En su juventud había sido hombre de gallardo talante que conservó hasta su muerte; militar y hombre de averías. Manejó la espada y la pluma; ambas son de acero. Una ocasión tuvo un pleito con un subordinado que le faltó al respeto debido, y don Julio le arreó tal puñetazo en la cara que se la puso como una guánabana de regalo.

El otro se quejó ante el Jefe Civil de Paraguaipoa, pues fue durante la campaña de la Guajira en que don Julio se portó admirablemente. El Jefe Civil le mandó a llamar cortes-

EL "HELADO" DE DON CECILIO

Cecilio Acosta no obstante su enorme talento, era candoroso y tan sencillo que a veces parecía sentar plaza de ignorante. Fue un sabio que llegó a viejo con alma de niño.

En la Noche Buena o Navidad de 1856, muy recién estrenado el "Café Español", de don Fausto Teodoro de Aldrey, el doctor Sanojo, Director de "El Foro" y otros literatos quisieron jugarle una mala pasada a don Cecilio, quien el pobre, no había salido nunca de Caracas, y apenas si conocía el hielo por los témpanos que del Norte importaba don Fausto.

Acababa éste de introducir en Caracas la industria de los sorbetes, o sea el jugo de las frutas puesto en estado sólido por medio de la congelación producida por el hielo. Don Cecilio no había visto nunca un sorbete, aunque los conocía "literariamente" hablando. Los

odio no puede vivir sino entre las sombras que forma la distancia. La enemistad es despechada y se aísla para aborrecer: pero en un salón de buena compañía, donde hay generosidad en vez de hiel, la frente se desarruga, y la palabra concilia al fin los sentimientos".

De ese modo contestó el albo Cecilio al trago "helado" que le hicieron apurar los que creyeron verle montarse en cólera.

UN SANTO DISTRAIDO

Don Aristides Rojas, eminente naturalista, médico y gran rebuscador de nuestra historia, era sobre todo gran botánico. Tenía su casa y su estudio llenos de plantas raras, entre las que sobresalían muchas variedades de "flor de mayo", una de las más vistosas orquídeas del Avila.

El sabio don Aristides había publicado un estudio sobre aquella flor que en términos técnicos llaman: "cattleya mossiae".

Un joven que examinaba aquellas plantas, para echarlas de erudito en la botánica le dijo, viendo unos hermosos "cigarrones" de Galipán:

—Don Aristides, ¿esta planta tan rara es de la familia de las Cattleyas?

Don Aristides que estaba distraído, respondió:

—No, esa es de mi familia; pero le puedo regalar una cepita.

UNA ONZA DE ORO

No faltaban en Caracas, hombres honrados, a pesar de ser paupérrimos, capaces de devolver lo que se encontraban.

Aquel popular "Mocho de los teatros", que fue conserje del Municipal, se encontró una noche en que trabajaba la Compañía Dramática de Roncoroni, en uno de los jardines de la parte este del teatro, una onza de oro que en la oscuridad brillaba como un sol de media noche.

El mocho Luis, que quizá no había visto una onza en su bolsillo, la tomó, y a la luz de un farol de gas la contemplaba arrobado, formándose las cuentas de la lechera: se compraría un "flux" con qué reponer el raído que llevaba, un par de botines de orejitas, un sombrero y hasta un brazo de goma.

En aquellos tiempos todo eso se habría comprado con una onza y hubiera sobrado real. Una hora después, cuando ya había empezado el segundo acto de "Le Maitre des

Forges", y la plazoleta del teatro estaba silenciosa, el mocho vió que junto a uno de los pilares del atrio una mujer lloraba amargamente y hurgaba por el empedrado como buscando algo que se le hubiera perdido.

—¿Se le ha perdido algo, vieja? interrogó el mocho.

—Si señor, ¿y qué le doy a mi pobre hijo esta noche?, si al menos hubiera algún pulpero compasivo que me fiara otra onza!

Aquello le pegó muy duro en el corazón al mocho Luis. La onza era de aquella pobre mujer, y no le extrañó porque en aquellos tiempos también, aunque escasos de progreso, no lo eran en dinero, y los sábados y días de pago, los jornaleros llevaban en los bolsillos moneditas de a cinco pesos, libras esterlinas, isabelinas, y hasta onzas y morocotas.

—¿Y es una onza? volvió a preguntar el mocho.

—Sí, una onza; pobrecito mi hijo!

Y la vieja siguió urgando por entre el pavimento dislocado de las piedras sueltas, fragmentos de programas, cáscaras de naranjas y conchas de mani.

El mocho tuvo un primer impulso de honradez, pero lo contuvo heroicamente, y se retiró hacia la barandilla de la puerta que da acceso al escenario. Desde allí veía a la infeliz que seguía registrando por entre las matas del jardín y en la quietud de la noche hasta él llegaban sus mal comprimidos sollozos.

No pudo más. La conciencia es un terrible torcedor y dando un adiós a las ilusiones que se había forjado, tomó una resolución

más heroica que la de Ricaurte en San Mateo.

Se aproximó al jardín, se inclinó como para recoger algo, y con un valor más grande que el de Páez en Las Queseras, volvió cara hacia la mujer:

—La acabo de encontrar, aquí está la onza; cómprele a su hijo lo que quiera.

Y sin esperar respuesta, ni las gracias, se metió por la puerta del escenario. La pobre mujer se quedó como quien ve visiones, contemplando aquella áurea medalla en la que estaba grabada en relieve la imagen de Carlos IV, y creyendo que el caballero que había tenido tan generoso rasgo debía ser hijo de mister Boulton, por lo menos.

A la noche siguiente, domingo, el mocho Luis, recostado de la misma barandilla, nos contaba aquel episodio, cuando se presentó la misma mujer llevando un chiquillo junto a sí.

—Este es el señor a quien le debemos el regalo que nos hizo anoche. Dale las gracias. He gastado los veinte pesos y medio que me dijeron que valía aquella moneda que usted me dió, en zapatos, ropas y comida para mi hijo.

—¡Cómo es eso! ¿No perdió usted una onza anoche?

—Sí señor: "una onza de harina de trigo" con que le hago un "atolito" a mi hijo todas las noches.

—¿No fue una onza de oro?

—Una onza de harina.

—¡Maldita sea mi estampa! juró el mocho Luis. ¿Y no le queda nada de la onza?

—Nada, todita la gaste.

Y el mocho Luis juraba y perjuraba que nunca más sería honrado con lo que se encontrara y que le comería la sopa hasta a un huérfano.



LAS APARIENCIAS LO SON TODO

Mandaba el general Francisco Linares Alcántara, llamado "El Gran Demócrata," porque en verdad, don Pancho fue un hombre franco, campechanote y abierto como puertacochera; fue un hombre a la pata, la llana que en el carnaval de 1878, unico que llegó a disfrutar como Presidente de la República, se volvió loco jugando con las damas, pues a los gritos de "¡Aquí es! ¡aquí es!" tiraba hasta el chaleco, la levita; se quedaba en mangas de camisa y por poco se tiraba él mismo del coche.

El general Level de Goda que estaba en aquellos días "limpio de a fisco," aprovechando que Guzmán Blancó andaba por Europa, vino al país, pidió una audiencia a Alcántara, con la magnífica idea de pegarle un modesto sablazo, una ayuda pecuniaria; lo que muy bien

merecía el general Level de Goda, que fue un hombre benemérito en todos conceptos.

Otorgada la audiencia para dentro de una semana, Level de Goda se fue en casa del gran sastre Fourastié, que había inventado nada menos que el "Frac-metro", y era un modista digno de Londres.

Con Fourastié se mandó a hacer una levita color de flor de romero, que era "le dernier cri" de la moda entonces; se encargó un "pumpá", "siete reflejos", en la sombrería de Nemesio López, al zapatero Astengo un par de botas de charol que echaban chispas, le pidió prestado un sortijón con un enorme brillante a su amigo el joyero Gathmann, que no tuvo dificultad en prestárselo; se peinó bien "la flor de parcha", le dijo al cochero Leroux que le enviara un "landeau" con una formidable pareja americana, y de semejante guisa y talante se presentó en la Casa de Gobierno a hablar con el general Alcántara.

Ante aquella facha un tanto quijotesca del autor de la "Historia Contemporánea de Venezuela" al Presidente de la República no le quedó otro recurso sino aflojar la mosca, y le mandó a dar por Tesorería la bonita suma de diez mil pesos.

Lo supo el Secretario General quien le dijo a Alcántara:

—Pero General ¿cómo le manda a dar semejante cantidad y de un golpe a un hombre que sólo irá a jugarlo?

Y Alcántara ingenuo y bondadoso, respondió:

—Mire, doctor: ¿qué menos le podía dar a

un pobre que viene a pedir una limosna con un "rolitranco" de vidrio en el dedo que lo menos que vale es dos mil pesos! y tan bien "enfutracado" y "metido en los corotos!".....

Moraleja: hasta para pedir limosna hay que presentarse bien vestido, y con un macuto de oro, para que nos den algo gordo.....



UN CURA EN "LAS GUAMAS"

El Congreso Nacional en 1840 había dado al egregio Presbítero-Coronel don José Félix Blanco, la buena pró para abrir un camino carretero desde el pueblo de Lobatera al Puerto de "Las Guamas".

El Padre Blanco, el ilustre y tonsurado Prócer, en la Guerra de Independencia manejó la "cuchara" o "Santa Catalina" con tal destreza que "realizó" a muchos "realistas", y como Ministro del Señor, los absolvía de todos sus pecados para que fueran a gozar de la gloria eterna, limpios de toda culpa. Como Torquemada, él mataba y perdonaba luego a los herejes contra el principio republicano.

El Padre Blanco, metido a ingeniero, cosa que él no entendía, estuvo más de cinco años sin terminar aquel camino que resultó un atajo, y no "hay atajo sin trabajo". El Gobier-

no le dió prórrogas y debía ya como seis mil pesos que le habían ido supliendo.

La vena satírica del poeta Arvelo alude a ese camino, en su epístola: "Mixtiformis", poniendo en boca del Presbítero-Coronel estos versos, cuando aspiraba a la Presidencia de la República, en 1846:

"Necesitáis camino? Os abriré el del cielo.

Exceptuando el de Guamas, ninguno habrá mejor;
Y llegarán las almas en un ¡Jesús! de un vuelo,
Al trono del Eterno en coche de vapor"...

Pero ya en 1844, un joven estudiante de ingeniería de la Escuela de Matemáticas que fundó el gran Cajigal, compañero de Meneses y Urbaneja, le decía:

"Si un cura abre un camino carretero
usando por "goniómetro" la estola;
armado de trabuco y de pistola
nos debe decir misa el ingeniero.

Un cura agrimensur y machetero
en abrir un camino dará en bola,
pues supo abrirle, con la lanza sola,
"el camino del cielo" a tanto ibero.

"Senda de Perfección" nos será ésa,
como la que escribió Santa Teresa,
la que ha de abrir un Cura-Comandante.

Mas tema al aspirar a Presidente,
le salga y lo deje algún Teniente

"nell mezzo del camín", como al buen Dante".

Efectivamente, el buen Páter se quedó en mitad del camino de la Presidencia como en mitad del camino de "Guamas". El soneto es anterior a la "Epístola" del poeta Arvelo, y salió del refriado caletre del autor de los días del autor de esta colección de anécdotas.

LA "CHIVA" DE GUZMAN

Cuando Falcón desembarcó en Palma Sola el 14 de julio de 1859, venía con el Licenciado Guzmán Blanco y otros militares. Habían embicado a la ribera huyendo de bugues del Gobierno que los perseguían, y ese día vagaron por la playa desierta sin hallar a nadie.

No tuvieron que comer, y no encontraron ni un venado ni una cabra, que por allí abundan tanto.

Por fin, ya anocheciendo, Jacinto Regino Pachano, que iba adelante, gritó:

—¡Aquí está una chiva!

—¡Cójjala y mátenla! respondió Falcón.
¿Dónde esta esa chiva?

—Aquí está, volvió a decir Pachano señalando a Guzmán.

—¿Pero, dónde tiene la chiva Guzmán?

—¡En la cara!

Guzmán Blanco usaba desde su juventud una luenga y florida "chiva" carlovingia que hacía muy interesante su figura.

LOS CANGREJOS DE GUEVARA

Después de su desembarco en Palma Sola, y cuando Falcón seguía orillando el mar en busca de prosélitos para la Federación, ya se le había unido el General Gabriel Guevara con cien hombres y otros elementos.

Un día la tropa de Guevara sin racionar sólo había comido cangrejos y otros moluscos y crustáceos.

En esto se vieron asaltados por fuerzas del Gobierno. Falcón dispuso la defensa dando la izquierda a Guevara, cuando observó que los bravos corianos comenzaban a replegar. Hizo llamar a Guevara y le preguntó:

—¿Por qué repliegan esos hombres que están tan acostumbrados al plomo?

—General: yo creo que esa gente echa "patrás" porque ha comió cangrejo.

UNA APENDICITIS CURADA POR SUGESTION

En 1886, en la época en que el doctor Manuel Antonio Díez, ejerció la Presidencia Provisional de la República, existió en Villa de Cura un magnífico hospital, y como en aquella era, también "era" la salud magnífica en aquella población aragüeña, no se encontraba un enfermo "ni para un remedio"; los remedios envejecían en los frascos, y el personal compuesto de un Médico Director, que lo era el doctor Briceño, otro auxiliar, dos o tres practicantes y unos cuantos enfermeros, estaban mano sobre mano sin hallar qué hacer.

Cobraban su sueldo, comían bien, dormían mejor. Estaban muy tranquilos dándose la "gran vidorria," cuando el doctor Díez anunció desde Caracas que iba expresamente a visitar el hospital.

El doctor Briceño que era un médico muy sabio y muy chusco, pegó un salto y llamó al Ecónomo:

—Hay que buscarse unos enfermos inmediatamente.

—¿Para qué necesita un hospital de enfermos? ¡Eso es echar a perder todo esto!

—Si no lo hacemos nos van a echar a perder a nosotros porque el Presidente Provisional me anuncia que viene. Hay que buscarse unos enfermos imaginarios como los de Moliere.

Se reclutaron ocho o diez hombres del pueblo, los metieron en cama y les pintaron el rostro de amarillo para imitar la ictericia o la fiebre palúdica.

Gabriel Muñoz, el poeta anacreóntico, que entonces no era doctor sino practicante, le decía al Director:

—Doctor: ¿Usted no cree que el Presidente conocerá la superchería?

—No lo creo, porque como es médico no debe saber medicina; en nuestro gran País, el Gobierno nombra Director de un hospital a un abogado, y manda a un médico a la Corte Federal y de Casación.

Entre los enfermos imaginarios estaba el "tuerto Miguel", hombre inteligente, el cual debía fingir por prescripción facultativa un terrible dolor de vientre hacia la región inguinal derecha.

Al día siguiente llegó el doctor Díez y fue a visitar el hospicio, quedando encantado; al pasar junto a la cama en donde yacía el "tuerto Miguel", éste rugía como un toro.

—¿Qué tiene ese hombre? —preguntó el doctor Presidente.

—Lo tenemos en observación; un fuerte dolor de vientre.

El doctor Díez hizo la palpación digital y le pareció que el hombre tenía la barriga como un tamborón.

—Esto es un cólico cerrado, dijo.

—Eso es: un cólico miserere, sólo que aunque en Venezuela no se conoce todavía la apendicitis, yo voy a ponerla en moda. Eso de cólico es cosa muy vulgar, ese hombre lo que tiene enfermo es el "ciego".

—¡Yo no soy ciego, sino tuerto! interrumpió el enfermo.

—Sí, pero hay que operarlo, asentó Briceño con tono dogmático: usted tiene enfermo el intestino ciego o apéndice vermicular; pronto vendrá la supuración y "requiescat in pace".

Al doctor Díez se le revolvió entonces el instinto profesional, exclamando:

—Magnífico! "¡Juaah! Juaaaah! juaah! Hay que operarlo inmediatamente; no me voy sin ver esa operación que todavía no conozco.

El Director Briceño que no había contado con esa salida, por poco le da un patatús. El tuerto si no se cayó era porque ya estaba echado.

Ante la orden presidencial trajeron gasas fenicadas, sierras, cuchillos, bisturís, bebiquies, formones, escoplos y demás instrumentos de carpintería quirúrgica. El tuerto Miguel ante aquellos fúnebres utensilios de carnicería, exclamó:

—¡No, nó! no quiero que me rajen. ¿Esto es un aserradero mecánico o un matadero! Prefiero morirme con mi dolor.

El doctor Díez, con aquella bondad ingéni-

ta que le hizo un hombre tan amable, le consolaba con palabras elocuentes:

—No tenga miedo: “¡Juuaah! ¡juuaah! ¡juuaah!” Con el cloroformo no se siente nada; es un sueño agradable en que usted cree que está en el Paraíso de Mahoma, lo rajan y despierta curado. “¡Juuaah! ¡juuaah! ¡juuaah!”.....

El “tuerto Miguel” era inteligente, y tuvo una buena idea. Tiró las sábanas y pegó un salto diciendo:

—¡Doctor Diez! me siento curado de repente. El sólo poder de su palabra consoladora ha hecho el milagro. Ya lo voy a publicar por toda La Villa; y echó a correr más rápido que un venado.

Y el doctor Briceño encarándose con el doctor Diez, afirmó:

—No ve, doctor: éste es un caso insólito de sugestión individual; usted ha maravillado a ese hombre con su palabra llena de unción y de elocuencia, y lo ha curado. No de otro modo procedió Jesucristo: el milagro no era sino la sugestión que operaba en el enfermo su divina voz evangélica. Usted ha curado por sugestión el primer caso de apendicitis en Venezuela que yo iba a curar por medio del hierro.

E inmediatamente mandó un telegrama circular a todos los Presidentes de Estado diciendo que la palabra del Presidente ha-

bía curado un hombre, porque la palabra del Presidente es siempre taumaturga.....

Y el candoroso y bueno doctor Diez al volver a Caracas condecoró a todo el personal del Hospital de Villa de Cura con el Busto del Libertador y la Medalla de Instrucción Pública!



UNA ENEMIGA DEL LIBERTADOR

En una página inédita de Cordovez Moure cuenta éste que el Libertador tuvo una enemiga formidable llamada Marcolina Noguera y a nuestro juicio con mucha razón.

Y no fué que la engañó sino que la desengañó llamándola fea y tonta, epítetos denigrantes que no puede aceptar una mujer, así vengan del Padre de la Patria.

Era la víspera de la batalla de Boyacá. Bolívar había pasado la noche alojado en la casa campestre de los padres de Marcolina, que contaba por entonces dieciocho años de los más floridos.

Don Simón pasó la noche inquieto, sin poder dormir, escribiendo personalmente, aunque dice la historia que necesitaba siempre de amanuenses, trazando planes y hablando solo como un loco. Para él ya Barreiro había caído en el garlito.

Cuando, al alba se presentaron sus princi-

pales tenientes dándole noticias de la posición del enemigo, y a recibir sus órdenes, les dijo el Libertador que ya tenía su plan meditado.

—Lo suponíamos, respondió uno de ellos.

—¡Cómo es eso! ¿Por qué lo suponía usted?

—Porque sabía que ha pasado toda la noche sin dormir.

—¿Y quién fué el indiscreto que se lo dijo para castigarlo?

—Nos lo ha dicho al entrar la señorita hija de los dueños de esta casa.

—¡Ah! ¿Una señorita que ví anoche y más fea que una cotorra?

—Su Excelencia se engaña; no tiene nada de eso.

—Pero por indiscreta debe ser una idiota.

—Detrás de la puerta de la habitación Marcolina oía todas estas galantes frases dichas en su loor. Y desde entonces le juró un odio como sólo puede caber en un pecho femenino.



LOS ACREEDORES ANDAN SUELTOS

Carmelo Arias Sandoval fue un buen periodista; tenía fluido y nervio, y en aquellos tiempos de guerras su especialidad eran las proclamas. Una vez, en Valencia, le hizo una tan vibrante a un general que a éste no le quedó más recurso sino echarse al monte.

Cuando redactaba en Caracas "La Restauración Liberal" hallábase una ocasión en una concurrida botillería y desde una mesa vecina un parroquiano miraba a Carmelo fijamente. Uno de los que le acompañaban se lo hizo observar, y Arias, con un tanto de vanidad, dijo:

—Ése es un admirador.

Pero el admirador que sólo esperaba un momento oportuno se le fue encima, metiéndole una cuenta por los ojos. Todos se echaron a reír. Carmelo le dirigió una mirada

colérica, e irguiéndose como lo haría el tribuno romano cuando abogaba por las libertades públicas, exclamó con gesto olímpico:

—“Ubina magentium summus!!” Entre qué bárbaros estamos! ¿Qué país es este en que los acreedores andan sueltos por las calles...



UNIFICACION LITERARIA

En tiempos de la "Sociedad Amantes del Hogar", se pensó en estrechar a los liberales en una fraternal comunidad. Ya tenía un local y una magnífica biblioteca de la que cuidaba Luis Urbaneja Achelpohl.

En la sesión preparatoria de aquella en que iba a tratarse de tan bello ideal "unificativo", el ex-ministro encargado de exponer los propósitos del Centro se gastó dos horas completas en el preámbulo. La exposición fue realmente soporífera. Todos los allí presentes bostezaban de sueño, y cuando al cabo de aquellas dos mortales horas, el orador dijo: "Ahora bien, señores, entremos en materia"... todos se quedaron estupefactos, menos Rafael Bolívar, quien aventando sus hirsutos y borroños bigotes, montando en cólera, sacó un descomunal revólver de cuarenta milímetros, y poniéndoselo en el pecho al tribuno, rugió estas apocalípticas palabras:

EL GENERAL CASTRO Y EL TERREMOTO DE 1900

El general Cipriano Castro era Presidente de la República, cuando acaeció el terremoto que experimentó Caracas en la madrugada del 29 de octubre de 1.900, últimos días del siglo XIX, llamado "de las luces", y que tan poca luz y gracia tuvo para nosotros.

El general Castro fue hombre de esforzado valor y sangre fría en los combates que trajeron al poder a la Revolución Restauradora, que incubó en los Andes, y en la que le acompañaron los generales Juan Vicente Gómez, Velasco, García, Fernández y 60 compañeros decididos.

Mas por algo inherente a la feble naturaleza humana, ni los hombres mediocres ni los héroes han dejado de tener sus fallas en el valor, sin que por eso lleguen al grado de pusilanimidad del tímido.

Los formidables fenómenos de la Naturale-

za causan cierto pavor aún en los ánimos mejor templados, determinativos de anormalidades como la epilepsia (el caso de Páez) y en que aquéllos como los pusilánimes son susceptibles de llegar al estupor inconsciente.

Es sabido que César, según cuenta su contemporáneo Salustio, el terrible vencedor de los galos, aquél que no tembló ni ante los puñales de Bruto y Casio, sino que más bien tuvo frase de benevolencia para el asesino: "Tu quoque, fili!", sin embargo, cuando veía la luz de los relámpagos y oía el retumbar del trueno, se escondía debajo de una cama.

A Páez, el del homérico valor sin segundo, le daba una "pataleta" no sólo cuando reventaban los primeros tiros del combate sino cuando veía una culebra (¡lagarto!) Y del mismo Bolívar se cuenta que cuando veía en la habitación un ratoncito, se ponía tan nervioso que se subía sobre cómodas y mesas... ¡el que no tembló en desafiar a todas las potencias humanas y divinas!

Son muchos los ejemplos de valientes que han tenido esas "guignes", y de ahí que nada de particular fuese que el general Castro experimentase miedo cerval a los terremotos, y que al oír la voz de: ¡Temblor! Misericordia!, ante el movimiento trepidatorio de la tierra en la madrugada del 29 de octubre de 1900, sufriera como "El Gallo," una de sus clásicas "espantás", y como éste al callejón, aquél se tirara por el balcón de la Casa Amarilla, cayendo sobre el cemento de la acera.

En la caída el general se lujó de nuevo el pie que se había lastimado en Tocuyito, cuando

al atacar bravamente al enemigo, su caballo cayó muerto, quedando cogido bajo el noble animal.

Algún tiempo después, y como en un rato de buen humor, alguno de sus íntimos amigos se chanceara con Castro sobre aquella tirada en seco por un balcón, el general, dando prueba de su fe y su respeto ante las terribles manifestaciones de que se vale Dios para probar a los humanos dijo:

—Con los hombres no tengo miedo ninguno; pero lo que es con Dios... ya eso es parada de burro con tigre...



UNA PARTIDA DE DOMINO

Maximiliano Guevara, el recordado amigo, era un poeta en toda la extensión de la palabra, y además, un formidable jugador de dominó, no el "dominó chiquito", sino el verdadero, el que juega la gente culta, y que es un auténtico juego de cálculo.

Don Miguel Leicibabaza, el popular empresario, también era notable jugador, y una vez en el "Hotel Neptuno" de La Guaira, ambos concertaron un desafío contra otros dos terribles "champions". La apuesta era fuerte y corría por cuenta de don Miguel; Maximiliano iba de segundo violín.

No obstante haber jugado muy bien la partida, la perdieron, pues no cogieron piedras buenas en el barajo. La partida fue "de tres las dos mejores", y después de terminada, don Miguel, calientísimo, recriminaba a Guevara la derrota.

—Pero chico, ¿por qué no me mandaste el “blanquizar de Bejuma”? ¿No viste la seña que te estaba haciendo con la oreja?

—¿Cómo le iba a tirar a tu salida? ¿Y si te ahorcaba el doble?

—¿Qué te importaba que me ahorcaran? ¿Tú eres mi mujer acaso?

En esa tónica siguió la discusión y se tiraron unos “palos” y unas “copas” por dentro y por fuera. Nosotros nos habíamos retirado a tiempo, y al día siguiente al encontrarnos con Guevara, que llevaba un brazo en cabrestillo y varios adhesivos en la cara, le dijimos:

—Francamente, chico: tú te “encalamocaste” ayer en la partida; no te quisimos decir nada porque el dominó lo inventó un mudo, el mudo Stelling; pero tú debiste mandarle el “trinillo” a don Miguel para que se presentara la tranca.

Y Maximiliano, enseñándonos el brazo:

—¿Y te parece que fue poca “la tranca” que se presentó y tengo el brazo que no puedo moverlo?



RAFAEL GUINAND Y EL TENORIO

En Caracas, a imitación de España, se ha hecho moda celebrar el primer día del mes de los muertos, con la clásica representación del zorrillesco esperpento "Don Juan Tenorio".

Haya o no compañía dramática en Caracas, la representación y "mise en scene" del Tenorio es de rigor, pues para eso tenemos a nuestro insustituible gran actor cómico Rafael Guinand, quien en cuanto empieza a finalizar el mes de octubre, ya está buscando por "El Silencio", por "El Guarataro" y hasta por "Bajo la Tierra," una "Doña Inés," más o menos interesante, a quien espetarle las "décimas del sofá":

"Doña Inés del alma mía,
luz de donde el sol la toma"...

La consecución de una "Brígida" de guardarropía es más fácil por que aquí hay muchas viejas brujas que se prestan a la tercería.

Con frecuencia Guinand tiene que hacer solo el Tenorio, porque no siempre los demás actores están a la altura de aquél, y así no es fácil que haya un "Don Luis Legía" que mida sus armas, y que se atreva a decirle:

"Aquí está don Luis Mejía
que vale lo menos dos,"

porque Guinand le probaría que él vale por cuatro o cinco.

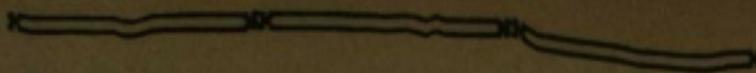
En un "Tenorio" que se representó años pasados, en el "Olimpia", en la escena del cuarto acto, cuando Tenorio le dispara el pistoletazo a Mejía, el tiro no sonó ni hubo humo.

El actor que hacía de "Don Luis", se quedó como petrificado, no sabiendo que hacer, hasta que Guinand le gritó: ¡Muérete, caray! El actor se echó por las tablas, revolcándose "en su propia sangre", como si hubiera recibido un bajonazo de Rubito, y Guinand, dirigiéndose a la batería, dijo: Respetable público!

Muerto está don Luis Mejía
que valió lo menos dos
y lo he matado a fe mía,
con el eco de mi voz.

Y todos aplaudieron los adelantos del Tenorio moderno.





LA PETACA DE MARIO

Mario Torres siempre fue flacucho y encañado; pobre de carnes, rico en ingenio; sobre parco en arrobas era pequeño de talla: un fideo.

En una ocasión en que le asaltaron unas palúdicas, su ente físico se redujo a la mínima expresión.

—No salgas a la calle, le decíamos en un día de marzo que soplabo furioso el Catia.

—¿Por qué?

—Porque te va a pasar lo de Perico Sarmiento, "que fue al corral y se lo llevó el viento".

Mario resolvió irse por unos días a Macuto, en casa de un amigo que lo convidaba. Al efecto, hizo su petaca, lió los bártulos y salió a la puerta en busca de un mandadero o mozo de cordel que le llevara el equipaje a la Estación.

Pasaba en ese instante José del Carmen, el

parihuelero, que era un negrazo alto de dos metros, fornido y musculoso.

Mario lo llamó:

—Hágame el favor, vale: lléveme esta petaca a la Estación de La Guaira, que no tengo los ocho reales para el coche. ¿Por cuánto me la lleva?

José del Carmen que estimaba al joven e inteligente escritor se quedó mirando su desmirriada figurilla, y respondió, después de tomarle el peso a la carga:

—¿Estos son tóos sus macundales?

—Sí, hombre.

—Pues le voy a isí: si es la petaca sola se la llevo por tres riales, y si usté quiere que lo lleve también serán tres y cuartillo por el "ereceso" de carga.



LA GALLETA DEL POETA

Emiliano Hernández, el gran bohemio, de cuyo talento no hay que hablar, tenía en una ocasión más hambre que de costumbre. Esto, decirlo, a cualquiera parecerá un baldón; pero no; para el poeta y si es de tan alto estro como Emiliano no hay sino hambre, así como para el cerdo hay piltrafas que lo engorden.

Fue a la redacción de un diario y el Director le encargó un artículo o crónica sobre un banquete a que aquel había asistido.

—¿Pero cómo voy a hacer una crónica sobre un banquete con el hambre que tengo? Tengo más hambre que Tántalo.

—Tiéntalo; métele tu fantasía o tu “estro”.

—Si no tengo más que “estro-peo”.

—No importa; hazlo y te doy diez bolíva-res.

Se puso a hacerlo y sería por el estado psicológico en que estaba, la crónica o revista de

la fiesta no le salía. El Director le dijo al presentarle las cuartillas y leerlas:

—Lo que has hecho es una ensalada o guasacaca. Corrígelo.

Se puso Emilianito a trabajar de nuevo; llevó el estoraje por segunda vez y el Director volvió a decirle:

—Nada, no das pié con bola; ahora está peor: es una "galleta".

Y Emiliano poniendo los ojos en blanco:

—¡Qué más quisiera yo si no que ese artículo se me convirtiera en una ensalada, en una guasacaca y en una galleta!

Sin embargo, el hambre en Emiliano como en Cervantes, no les producía "engalletamiento" en el cerebro.



EL PATO DE ROMANACE

Alejandro Romanace asistía todos los jueves a una comida, a la que le invitaba una señora villacurana que vivía por el Corazón de Jesús. Romanace si no buen gastrónomo era comilón excelente, y si le invitaban era por gozar de sus burlas y vayas ingeniosas.

Un jueves había fiesta; eran unos doce los invitados, y al llegar la hora de la comida Romanace tenía más hambre que ingenio. La criada llegó trayendo una enorme fuente de la que se despedía un vaho incitante; pero en la fuente no había más que un pato muy pequeño.

—Bah, pensó entre sí: será un pato para cada uno.

El pobre y criollo Gargantúa sufrió una desilusión. No había más que aquél. Miraba al tísico patico y miraba a los invitados sin atreverse a sentarse. Sonreía con aquella sonrisa enigmática, hasta que llamó la atención de la dueña de la casa:

—¿De qué se ríe usted?

—De lo que estará pensando el pato.

—¿Y qué piensa el pato?

—Piensa que lleva la pelea perdida porque es mucha la gente para él solo.



SOPA CON CHICHARRONES

Mario Torres tenía muy buenas planchas. Deambulaba una noche de verbena por la populosa barriada de San Juan en unión de otros bohemios, cuando sintiendo apetito entraron a un modesto figón de Los Angelitos y pidieron unas sopas. Los otros amigos comenzaron a comérselas en cuanto se las trajeron; pero Mario veía con ojos extraviados el humeante plato, veía a los amigos y veía al ventorrillero:

—¿Qué haces que no tomas la sopa?

—Que me traigan primero un peine, un cepillo y una barrita de cosmético.

—Te vas a peinar! Cualquiera diría que estás en el comedor del Hotel Klindt.

El dueño del ventorrillo se acercó a Mario, y éste le expuso lo que quería, en medio de la risa de los compañeros que extrañaban aquel capricho.

El del ventorrillo dijo:

—Si usted quiere peinarse, mejor es que pase a mi cuarto.

—No, yo nó; llévese la sopa a su cuarto y péinela, porque no es muy decoroso eso de que se nos presente una sopa despeinada.

En efecto, en el fondo del plato de Mario se veían seis o siete cabellos en forma de finísimos y retorcidos alambres; descuido de la cocinera, y Mario terminó:

—Yo he pedido una sopa, pero no sopa con "chicharrones".

z



EL VALOR DEL "TRIANGULO"

Un poco de trigonometría para los que la entiendan.

Mi condiscípulo Carlos X., aunque buen estudiante de Física y Astronomía, le tuvo horror a las matemáticas puras y a la Trigonometría, que para él era la medida del "trigo", no la podía ver. En Geometría tampoco logró muchos éxitos. En el colegio el profesor se devanó los sesos explicándole el teorema 19, sobre el cuadrado de la hipotenusa y los valores del triángulo.

El padre de Carlos tenía una posesión en el Rincón del Valle llamada "El Triángulo", que puso en venta y la cual fue una vez a proponerle el doctor Luis Soriano en nombre de un ricachón de la ciudad.

El día en que se fue a graduar de agrimensor Carlos en la Universidad Central, el doctor Soriano que era uno de los más competentes examinadores le hizo varias pre-

guntas de Geometría sin lograr que contestara nada, al fin fastidiado, Soriano fue al pizarrón, le pintó un triángulo isóceles o escaleno, y le preguntó: "Cuánto valen los tres ángulos de ese triángulo?"

Carlos se rascó la cabeza y al fin contestó:

—Le voy a decir, doctor: mi papá dice que no da "el Triángulo" menos de veinte mil pesos porque vale mucho más.

A Carlos lo aprobaron por unanimidad de votos....



LA "HISTORIA" DE DON LEOCADIO

En el banquete con que el Club Caracas celebró su instalación, en 17 de febrero de 1856, discurrieron el doctor Joaquín Herrera, el Secretario Gutiérrez y el General José Tadeo Monagas, que resumió los brindis; también hablaron los señores don Antonio Leocadio Guzmán y el Licenciado Juan Vicente González. Estos dos últimos señores estaban un poco despícados, como lo comprenderá quien conozca la historia y sepa que González sacó a Guzmán de debajo de un fogón y lo hizo preso allá por el año de 1847. Al bueno de don Antonio Leocadio por poco lo "afusilan" en aquella época.

Algunos amigos de ambos trataron durante la fiesta del Club de reconciliarlos, y lo lograron a medias. Tomaban champaña en una de las mesas del ambigú, se acaloraron los ánimos con el riquísimo y espumante caldo, y el viejo Guzmán que tenía gran verborrea,

quizá con el intento de mortificar a González, dijo que pensaba escribir una Historia de Venezuela desde el principio del mundo hasta nuestros días.

—¿Y cómo se las arreglará usted para hablar de la era precolombina? —preguntó González.

—Buscaré en los archivos españoles, o si no en los chinos; porque los chinos fueron los primeros que vinieron a América, muchos siglos antes que Colón. Cuando éste llegó a Venezuela, lo tengo bien averiguado, ya los chinos tenían lavanderías establecidas aquí.

—¿Será por eso por lo que usted pensó traer una emigración china, para que le lavaran las camisas?

—Mi plan es tan vasto que me llevaré lo menos veinte tomos regulares. Aquí no hay historiadores, Baralt es frío; Pepe Austria no dice nada en su Bosquejo Militar; Montenegro y Colón, es un Colón que no ha descubierto nada; Codazzi no hace más que darle codazos a la Geografía; Yépez, el padre Blanco, nada, nada.

Y don Antonio Leocadio se puso a explicar su vasto plan en que agotaba la materia. Después de hablar cerca de una hora, terminó diciendo:

—Eso sí será una historia, porque hasta ahora no ha habido quien tenga como yo, talento novelesco para escribirla. Como ustedes ven, no dejo un cabo sin atar.

Don Juan Vicente, que ya estaba fastidiado, se levantó:

—Creo que si queda un cabo por atar.

—¿Cuál? ¿No lo veo?

—El cabo que queda por atar y por encerrar en el manicomio es el futuro autor de tal adefesio. ¿No se llama usted "Leocadio?" ya había dicho yo que usted tenía mucho de "locario". Ahora siento no haberlo fusilado inmediatamente el día en que lo pesqué en el horno.

Don Juan Vicente y don Antonio Leocadio pelearon definitivamente desde esa noche.



EDUARDO ECHANAGUCIA, NADADOR

Eduardo Echanagucia o "Eduardito", como le llamaban por ironía, era al revés de Mario Torres: pesaba, contando por la romana vieja: nueve arrobas, cuatro libras, ocho onzas y diez adarmes.

Naturalmente, un hombre de "tanto peso", aunque bailaba como un trompo "plumo" y escobillaba un joropo mejor que Mamerto, nunca pudo aprender a nadar. Para hacerlo, se ponía ocho o diez vejigas de toro infladas, al redor de la enorme panza, y cuando de esa guisa se metía en el mar, en La Guaira, había inundación en los muelles, porque el mar se salía de madre, y muchos creían que era la marea alta que estaba subiendo demasiado.

Cuando Eduardito lograba sostenerse así sobre las ondas y se quitaba las vejigas, creyendo que ya sabía nadar, ¡cataplún! se iba al fondo como un peñasco y había que traer

machinas y grúas para pescarlo, como si fuera un cachalote o una ballena.

En una temporada, en Macuto, ante las puyas de varios amigos, se presentó en la playa en traje de baño, calzón corto y una guitarra, pues era además gran cantador y tañedor.

—Ahora si traigo todo lo necesario para nadar, dijo.

—¿Qué va! ¿Sin vejigas? Te damos morocotas a morisquetas a que no nadas sin vejigas!

—Es que voy a ensayar otro método.

—¿Cuál es?

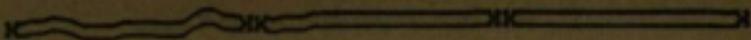
—En vez de ponerme las vejigas en la cintura me las he tragado y sobre ellas me he comido un pargo y un carite enteros.

—¿Y la guitarra?— le preguntaron.

—Esa es "por si fortis": si habiéndome comido esos peces tan nadadores no aprendo a nadar y empiezo a hundirme, cantaré el valse: "Sobre las olas." a ver "si aboyo" o no "aboyo" sobre las ondas.

Apesar de todo esto, Eduardito no pudo aprender a nadar nunca.





IMPEDIMENTO MATRIMONIAL

Era un señor muy honorable y culto, cumplido caballero y comerciante honrado; pero que tenía mal genio o no aguantaba burlas a sí fueran ligeras. Esto le dió motivo a muchas "planchas" en su acreditado almacén de muebles, del que fue activo empleado y luego socio el simpático y recordado Narciso Sucre Paredes, quien joven y de ingenio, se entretenía en mortificar a su honorable principal, que por lo demás lo estimaba mucho.

Una vez Narciso había vendido por cuotas un juego de dormitorio a un caballero que pensaba casarse, o "tirarse al pajón", y ya hasta los diarios anunciaban el enlace para el próximo miércoles.

El domingo anterior, casualmente, estaba el mueblero oyendo misa de cinco en Santa Rosalía, cuando después del Ofertorio, el monago se adelantó a leer la lista de esponsales. Leyó varios y de repente nuestro caballero o-

yó que dijo las frases de ritual: "Fulano de Tal y Sutana de Cual pretenden contraer matrimonio, y siendo esta la tercera amonestación se advierte por si alguno supiere que hay algún impedimento, se sirva manifestarlo."

El mueblero fuera de sí, se adelanta diciendo: "¡Sí lo hay! Sí lo hay!"

Momento de estupefacción. A la novia que con el novio y la familia estaban en la misa, le dió un patatús. El cura dejó el altar y viniendo al presbiterio interrogó al caballero:

—¿Hay impedimento, dice usted?

—Sí, señor, sí lo hay!

—¿Es dirimente o impediente?

—Yo no entiendo eso, lo que sé es que impido el matrimonio porque el novio no me ha pagado el juego de dormitorio, y o me paga mis corotos o le desbarato el nido.



EL MEDICO A PALOS

En 1855, cuando la epidemia del cólera, don Ramón Esparragoza, que era curioso y brujo, "curaba" a los atacados del mal y de cualquiera otra enfermedad. La falta de médicos lo hacía necesario y estaba autorizado hasta para extender los certificados de defunción.

Una vez extendió el siguiente: "El facultativo que suscribe certifica que el defunto que ha muerto lo he curado yo siempre, y vive en la esquina de "El Muerto" y ha muerto, al parecer de enfermedad contundente pues no ha sido "el cólera sino la cólera" de su mujer que le ha dao dos estacasos por el cranio de la cabeza."

El mismo facultativo decía en un informe diario que pasaba a la autoridad como encargado del cementerio de coléricos: "Hoy han sido beneficiados en este cimiterio nueve defuntos de cadáveres de la suidá, y uno más correspondiente a Chacao; pero este parece que no está muerto del tóo y lo vemos enterrao con todas las precauciones a ver si vive."

LA "CREOLINA" DE BARALT

Don Rafael María Baralt no sólo fué un gran escritor enemigo del galicismo, al que le tenía una enemistad personal terrible, sino alto poeta de inspirado numen que alcanzó gran renombre en la Madre Patria por su oda a Cristóbal Colón.

Todos sabemos que no obstante la pulcritud del estilo y de los conceptos de la oda, a don Rafael María se le deslizó no un "lapsus," sino una sinfonía "mantequillera", pues al empezar su oda decía así:

"Tu frágil carabela
Sobre las aguas con "tremante quilla..."

Esta "mantequilla," que sin querer le saltó al poeta, lo desazonaba mucho, y una ocasión que un literato amigo, le tomaba el pelo, Baralt contó lo siguiente:

'Más de una vez me ha pasado eso de que me salga una frase compuesta en algún verso,

de tal modo que temo más una cacofonía que al Saco de Maracaibo cuando se sulfura. Hace tiempo estaba yo enamorado de una joven de Los Haticos, mi primera novia, a quien dediqué mis primeros versos.

“Ya estaba à punto de caramelo y de casarme con la “guaricha,” cuando ella misma, afortunadamente rompió conmigo por una injuria que le hice sin saberlo. La niña se llamaba Lina González y le compuso unas redondillas que terminaban con la siguiente:

“Creo en tu fuerza divina
que me da tales enojos:
creo en tí, creo en tus ojos,
y hasta en tu amor “creo-Lina”.

Eso de la “Creolina” sulfuró tanto a la muchacha, que me puso de patitas en la calle”.



UN PARGO A LA VINAGRETA

Un domingo de Resurrección entró el escritor Domingo Santos Ramos en el antiguo restaurant: "El Niágara", de Sixto Lameda, restaurant que fué como el sucedáneo de "El Gato Negro", y la vieja "Cantina Boliviana".

Ramos pidió una ración de "pargo a la vinagreta" que era una especialidad de la casa. Trajéronsele, olió el pescado, y se hizo llamar a Lameda con el camarero.

Llegó el dueño, y Ramos, todo compungido, se adelantó y abrazándolo, le dijo:

—Amigo Lameda: le doy mi pésame por la muerte de este hermoso pez.

—Muy bueno es lo que está.

—Sí; pero yo siento no haber venido el domingo pasado; estaría más fresco, y es probable que entonces este pargo sirviera "p'algo".

LA FILOSOFIA DE LAS LATAS

El contratista del alumbrado de kerosene en 1869, tenia en su casa como trescientas latas vacías que no hallaba qué hacer con ellas. Estas latas son una verdadera "lata", se dijo. Puso un aviso en "La Opinión Nacional" ofreciéndolas en venta y nadie las quiso; en aquel tiempo no servían ni para hacer techos de ranchos.

Las ofreció a un peón para que las botara en la Sabana del Blanco y le pidió un dineral por llevárselas. El contratista tuvo entonces una idea genial para deshacerse de ellas sin gastar un céntimo. Dejó una lata, durante la noche, en el oscuro zaguán de la casa, y el primero que pasó se la robó.

Los días siguientes fué poniendo otras y otras, y todas fueron desapareciendo como por encanto, y el contratista muy contento con su estratagema.

¿No cae el lector en la minúscula filosofía de esta anécdota? Pues se reduce a probar que entre nosotros lo que no tiene valor, nadie lo quiere; pero basta que haya de por medio el aliciente o el peligro del robo, para que todos se desnaricen por llevárselo.

¡Qué gran psicología la nuestra! El venezolano es ladrón más por peligro que por hambre. Hoy cualquiera se llevaría las latas, aún sin ofrecérselas, porque cada lata vale dos bolívars.



ENTRE PECHO Y ESPALDA

El poeta Reina, fué el autor de la "Guerra Castro-prusiano" que tan honda sensación causó en sus tiempos, pues era una crítica muy personal a señores distinguidos de Caracas, como don Emeterio Hernández, a quien por tener una famosa biblioteca lo llamaban "Masca-chivo", y como el general Quintana, Barnola a quien:

"El proyectil de un villano
ha herido al bravo Barnola,
le llevó en claro una...mano,
se la pegará con cola".

A Reina, como buen poeta, no le disgustaba el sumo de la vid, ni mucho menos el de nuestro democrático "berroterán".

En el mes de enero de 1871, a consecuencia de las pascuas o del frío, atrapó una fuerte gripa y el doctor Luciano Arocha, como primer

remedio para quitarle la opresión que sentía en la caja del cuerpo, mandó a darle unas friegas por el pecho y luego por la espalda con aguardiente bien tibio.

—Oiga usted, doctor, dijo Reina, ¿no será mejor meter ese aguardiente entre pecho y espalda?



NO HAY COMO CAMAGUAN

El amor a la patria, y más que a la patria al pedacito de tierra que nos vió nacer, es algo insuperable; ese amor es más grande y generoso en la clase ineducada, y está en proporción directa con la penuria y fealdad del suelo en que nacemos.

Se cuenta del general X. . . . rico hatero de Apure, que seducido por varios amigos hizo un viaje a Europa, cuando aquel hombre no gustaba de venir ni a Caracas. Le aseguraron que cuando estuviera en París, se iba a volver loco y no iba a regresar.

Fué; recorrió todo aquello en rápidos ferrocarriles, monumentos, paseos, hoteles magníficos, como en realidad no había soñado. En la fonda no tenía más que oprimir un botón y se presentaba en el acto un hombre elegante, de frac, a preguntarle qué deseaba. Se metía en un cajón, y en un salto estaba en la ca-

lle sin bajar escalera. Encantador, delicioso! tanto que nuestro hombre no pudo resistirlo y se vino antes del mes...

Cuando llegó a su casa, en Apure, le preguntaron qué tal le había parecido París.

—¡Magnífico, delicioso! pero no hay como el estero de Camaguán.

—¿Y de comida?

—Supóngase; pero como no estaba acostumbrado, me salía a un cólico diario; a todo aquello hubiera preferido yo un rolo de carne a la llanera con guasacaca. Créame: no hay como mi tierra.



LAS CUCHARADAS DE SOUBLETTE

Cuando en 1840 el general Soubllette entregó de nuevo el mando a su legítimo y único dueño, que lo era el general José A. Páez, éste, aprovechando la oscuridad de aquellas calles, alumbradas apenas con aceite de coco, se envolvió en su capa y fue a hacerle una visita de incógnito a Soubllette, para que lo pusiese al tanto de algunos asuntos cascorvos.

Tenían ya como dos horas hablando, cuando al Ciudadano Esclarecido se le ocurrió preguntar a Soubllette:

—Dígame, don Carlos, ¿de qué medios se vale usted para despedir y poner de patitas en la calle a tanto sinvergüenza, gorrero y adulante que viene a embromarnos la paciencia, como si el Presidente de la República no tuviera sus ocupaciones y sus necesidades impretermitibles en que uno desea estar solo. Usted que ha sido un hombre cortés y caballeroso, habrá sufrido mucho en el poder.

—Sí, general; pero sepa Su Excelencia que he tenido una receta segura, infalible, para salir de los latosos, aunque sean ministros diplomáticos. Mi mujer me sirve admirablemente en una combinación que tenemos. Cuando ella comprende que estoy con alguna persona que me incomoda, se presenta, y con el pretexto del remedio de las cucharadas, me llama.

No había terminado el íntegro don Carlos de decir esto, cuando se abrió la puerta del despacho y su honorable esposa, dijo:

—Carlos, ya es hora de que tomes las cucharadas...

El general Páez, a quien la buena señora no pudo conocer por estar en la penumbra del rincón y sin ningún arreo militar, pegó un brinco, tomó su capa y se marchó más que de prisa.

—¡Mujer! ¿qué has hecho? dijo Soublotte a su esposa. ¡Si es el general Páez!...

A la honorabilísima dama casi le dió un soponcio, y Soublotte salió disparado hacia "La Viñeta" a dar explicaciones al general Páez, el cual lo recibió amablemente y le dijo:

—No, don Carlos, su receta de las cucharadas para los latosos, es magnífica; yo mismo no había caído en que lo estaba fastidiando con mi charla, y doña Olalla me lo indicó a tiempo.



UNA AUDICION DE LUCRECIA BORGIA

Ya para finalizar el año de 1878, y antes de la muerte del general Francisco Linares Alcántara, Presidente de la República, trabajaba en Caracas una compañía de ópera, cuyo empresario era el señor Bernabé Díaz.

Se montó en aquella temporada, entre otras, la ópera "Lucrecia Borgia", y había llegado a Caracas, a saludar al Presidente, un buen general de los lados de Zaraza, hombre bueno, valiente, pero más bruto que una tapara encabullada.

Alcántara lo convidó para ir al teatro; y al llegar a la posada, después de la función, le preguntó su mujer:

—¿Cómo estuvo eso de la "sopera"?

—Es "sópera", mujer, ¡no seas bruta! Pues mira, hiciste bien en no ir, porque no hicieron más que cantar y cantar; unas veces cantaba uno solo, otras cantaban todos juntos, yo creo

que era para salir más ligero del paso; pero yo no entendí una papa, pues no sé en qué idioma jurungo me cantaban. Por lo que pude comprender, me parece que hubo un disgusto muy serio, pues vino uno y le dijo algo a una mujer muy buna moza, vestida de hombre, y la mujer, que debe ser muy macha, cogió un cuchillo y ya se lo iba a enterrar por la barriga, cuando se metieron por el medio el corista Farfán y mi amigo Izasa. Si no es por eso la sangre llega al Guaire.

—¿Y cómo se llama la "sópera" esa?

—Lucrecia "Borges".

—¡Ah! yo siempre he oído decir que la familia "Borges" fue muy rochelera y amiga de guachafita.



BRINDIS DE SALAS Y MASCA VIDRIO

Una noche el famoso violinista negro, Brindis de Salas, en su segunda venida a Caracas, daba uno de sus conciertos en el "Municipal", y entre las piezas más difíciles estaba anunciada una cuya ejecución era sobre una sola cuerda. Brindis de Salas era llamado, y con razón, según Ramón Otero, "el rey de las octavas".

Como estaba lloviendo y era tarde el violinista al salir a la puerta del "Hotel León de Oro" vió que allí estaba el cochero "Mascavidrio" con su "lechuza".

—Llévame al teatro.

—Estoy ocupado con unos señores que están comiendo en el hotel.

—Pero son dos cuadras, tienes tiempo de ir y volver.

—Métase, vale, y vamos.

Llegados al Municipal, "Mascavidrio" cobró diez bolívares por la carrera.

— ¡Cómo! exclamó el "virtuoso", que era más "lechero" que un isleño vendedor de leche. ¡Diez bolívares por una carrera de dos cuadras!

"Mascavidrio," que fue muy confianzudo, respondió:

— ¡Qué va mucho, negrón! ¿Tú no te vas a ganar una pila de bolívares por tocar una sola cuerditita? ¡qué te importan diez bolívares!

— Pues yo no te pago sino los tres reales de ordenanza; cuando tú consigas que tu lechuzca camine con una sola rueda, te pagaré los diez bolívares que me pides.

— Pelé la cuerda, terminó "Mascavidrio". ¡Qué negro tan lechero! Ojalá se le rompan la cuerda y el violín.

Y arreó los caballos.



BOLIVAR CASERO

Siempre fué fatídica para los pobres inquilinos la terrorífica visión del casero cuando armado de su recibo, a fin de mes, nos conmina a pagarle lo que en realidad se le debe, y hace bien en cobrar.

Las necesidades perentorias del Estado, por cuyos intereses velaba férvidamente, llevaron al Libertador hasta el extremo de convertirse en despiadado casero.

Estando en Angostura en junio de 1818, residía allí también un buen inglés llamado mister Anderson, al que no hay que confundir con mister Alderson, que era en Guayana por aquellos mismos tiempos un personaje de campanillas, por haber celebrado con el agente de la República en Norte América contratas para introducir materiales de guerra y otros efectos.

Mister Anderson estaba en situación más angosta que la propia "Angostura," por haber sido retirado del ejército, con más hambre que

una rata, y habitaba una casa propiedad del Estado, situada frente al río.

El pobre inglés había hablado con el señor Fernando Peñalver, quien desempeñaba interinamente el cargo de Prior del Consulado y el cual le dió la casa para que la habitara; pero al gún mal intencionado fué y se lo contó a don Simón, quien inmediatamente ofició al Administrador de Secuestros, diciéndole: "He sido informado de que el señor Anderson habita una casa propiedad del Estado, situada frente al río, y que hasta hoy no ha pagado los alquileres. Yo no sé a qué atribuir esta conducta de Ud. con Anderson. Este señor debe pagar los alquileres vencido desde el día que la ocupó hasta hoy a razón de cuarenta pesos mensuales, debiendo pagar él mismo alquiler todos los meses, si continúa habitándola; y caso que no le acomode este precio, para lo sucesivo que la desocupe."

¡No hablaría de modo más terrible y conminatorio un casero de nuestros días!... y nos muestra, por otra parte este precioso documento, lo caro que estaban los alquileres en Angostura en plena guerra de Independencia.

El pobre inglés fué desahuciado no sólo por los médicos sino por los jueces, y puesto de patitas en la calle, tuvo que refugiarse en el rancho de un amigo. Simón Bolívar que generosamente daba lo suyo, era inflexible cuando se trataba de los intereses del Estado.

El señor Peñalver decía:

—A este pobre inglés le ha caído "otro inglés" más terrible que toda la Legión Británica.

En cuanto el Libertador se enteró de la penuria del inglés mandó socorrerle de su propia bolsa, y dispuso pagar los meses que adeudaba de inquilinato, lo que muestra que si como case-ro era un hombre sin corazón, como todo case-ro, como particular fué el hombre generoso y abierto; pero con los intereses de la Patria no admitía componendas.



LA VANGUARDIA DE ADELANTE

Ahora cuando estamos atacados de uno de esos graves males que, como un gorgojo inocuo, minan la epidermis de la eternal belleza, inamovible en sus sagrados fueros, como el tal "vanguardismo", palabreja que parece haber salido de España, y que indica una de las decadencias que de cuando en vez caen sobre las literaturas, es bueno recordar no a uno de nuestros viejos poetas sino a uno de nuestros viejos militares: "El Mocho Carlos".

El general Carlos Siverio, coriano y por tanto valeroso, salió de la más humilde clase del pueblo, y fue subiendo en el escalafón militar desde soldado raso hasta el generalato. Era, según su propia, pintoresca expresión: "trigueño, arrosquetao, pasao de horno"; y por esa humilde condición los grados los había adquirido "no por tener hermana bonita sino porque me ajumao mucho el pecho e-

chando plomo. Yo no soy general de Semana Santa”.

Y decía todo esto con su peculiar dicción, pues una de sus características era ser “fañoso”, o lo que en buen castellano llaman: “gansoso”; tenía algo obstruidas las fosas nasales, y tal vez alguna enfermedad le lesionó el velo del paladar y la laringe.

En la campaña Restauradora, defendía el “Mocho Carlos” el ya vacilante Gobierno del General Andrade, y al ser acometido con vigor, como uno de sus oficiales le preguntara si ponía las fuerzas recién llegadas de Caracas a pelear en vanguardia, el Mocho con su “fañosidad” habitual, replicó:

—No, no; yo no les tengo mucha confianza a esos patiquincitos de Caracas; me van a regolvé too el ganao; no me los mande pa la manguardia de alante sino pa la manguardia de atrás.

¡Ah! si el viejo y simpático “Mocho Carlos” estuviese vivo, podríamos mandarle a todos los “vanguardistas” de acá y de allá para que en los incruentos combates del Parnaso los pusiese a pelear o a rimar en la “manguardia de atrás”. Porque toda decadencia, más que vanguardia es retaguardia de la más atrás posible.

Y el Padre Apolo y la Inmutable Belleza se refociliarían.

¡Hace falta un “Mocho Carlos” en la cum-

bre del Pindo, que cubra la línea del Aretusa y del Hipocrene, y protegiendo la falda del Helicon no deje que lleguen a las sagradas linfas de la fuente Aganipe los protervos lírofobos.



UN NEGOCITO DEL DOCTOR PEÑA

El doctor Miguel Peña fué eminentísimo hombre desde el Congreso de 1811, en que empieza su brillante actuación en las filas republicanas, brillo que menguó un poco cuando, poniéndose del lado de su compadre Páez, fué uno de los principales instigadores de la separación de la Gran Colombia.

Pero no le faltaba razón, mirado desde cierto punto de vista antipatriótico. Guardaba muy justificada inquina contra Santander, el Vicepresidente, por muchos motivos que serían largos de explicar; y ahí está la historia para eso.

Uno de esos motivos fué que Santander, sin tapujos ni eufemismos, lo acusó de ladrón, y aunque hubo un poquito de culpa cierta, por parte de don Miguel, no era para tanto.

El mismo doctor Peña, habilísimo abogado, tenía más letra menuda que un misal, y así

probó que los 25.000 pesos que sustrajo de los 300.000 que le dieron en Cartagena para fomento de la agricultura en Venezuela, no fué más que un honesto negocio proveniente del cambio de moneda.

A él le entregaron plata, él cambió por oro y ganó en el cambio; pero entregó sus 300.000 pesos muy completos, y se guardó los 25.000 de ganancia. El historiador F. González Guinán, nieto del ilustre Peña, no aprueba el hecho; nosotros sí. El doctor Peña no fué más que encargado de un "depósito irregular" muy parecido al mutuo, como dice la ciencia jurídica, por tanto, no habiéndosele entregado los sacos sellados ni facturados, él pudo disponer del depósito entregando otra cosa de la misma especie y cantidad.

Como a don Miguel le gustaba, como a todos los libertadores, "maraquear el dado" y tirar sus paraditas más o menos oscuras, él pudo disponer del depósito y ganarse un millón o perder aquél. Su obligación era entregar 300.000 pesos y esos entregó lealmente. Fué honrado, al menos, por esta vez.

Mucho tiempo después de "La Cosiata," hablando en Valencia el general Páez en una reunión de amigos, acerca de aquel asunto, decía:

—Mi compadre hizo bien. Yo hubiera hecho lo mismo. Yegua que pára en mi sabana, me cojo el potro y suelto la yegua. Los 300.000 pesos que le dieron al compadre parieron 25.000: esos eran de él, y lo que es del cura va para la iglesia. A todo ganado mostrenco que pise nuestros potreros hay que pegarle el hierro.

La tontería del compadre fué no haberse robado también los 300.00 pesos, para que Santander hubiera tenido más derecho de llamarle ladrón; y sobre todo que se habría muerto de rabia, porque un hombre tan pichirre como el Vicepresidente, lo que habría sentido sería no habérselos robado él.

Conocida la terrible avaricia que dominó siempre a don Francisco de Paula, es muy probable que el general Páez tuviera razón.



RECETA A LOS DIRECTORES DE PERIODICO

Pilar Meneses, uno de los célebres revoltosos del 40, de los que iniciaron al lado del viejo Guzmán la campaña liberal, estimaba a aquél un poco más de lo que en la actualidad estima su memoria el doctor Vicente Dávila.

Meneses había escrito un artículo, o mejor, se lo dictaría Guzmán, proponiéndole algunas "saludables" reformas administrativas al Presidente de la República que lo era el general José Tadeo Monagas.

Confeccionado el estoraque por él o por Guzmán, se lo llevó al Director de "El Diario de la Tarde" con quien había tenido ciertos tiquismiquis; y como Pilar portaba siempre un "garrrote encabullado" que era una verdadera reducción de su propio nombre: un "pilarcito" de madera de araguaney, el Director, que lo era don Juan Vicente González, al que, por otra parte, nunca le faltó el valor cívico para

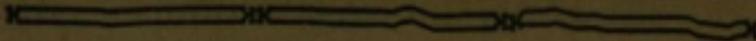
decir la verdad y recibir palizas, lo dejó para leerlo y no conviniéndole las ideas que allí se expresaban, le escribió al autor la siguiente esquila:

"Querido amigo:

He leído con creciente interés su muy bien meditado artículo que a leguas se ve que es suyo por el estilo impecable y la armonía de los conceptos; pocas veces habré leído algo igual; pero si lo publico, S. E. el Presidente querrá que lo tome por modelo, y el público lector no querrá sino leer cosas de tan igual y levantado mérito, y como eso sería cosa materialmente imposible, le devuelvo su admirable artículo, rogándole no lo publique en mi diario, ni en ninguno otro, sino en alguna revista literaria. Es favor que espero de usted"...

Pilar Meneses no comprendió el tiro ni la ironía que encerraba, y mostraba aquella carta con legítimo orgullo; pero el artículo no se publicó, y González se libró de los palos que con una escueta negativa se habría llevado de Pilar Meneses.





PLEITOS TENGAS Y LOS GANES

Muy recién graduado de Licenciado en Derecho el señor José Santiago Rodríguez, le llamó un rico hacendado de Aragua, que tenía un pleito con otro no menos rico hacendado, vecino suyo. El pleito venía casi desde la colonia por una servidumbre de agua de una acequia que cada uno de ellos creía que era de su legítima propiedad.

Don José Santiago, que como abogado era de honorables procederes, (rara avis) viendo el negocio un tanto enmarañado, aunque defendible, le propuso equitativamente:

—¿Por qué no procura usted hacer una transacción amigable con su contendor, si conviene en ello?

—Sí conviene, pero yo quiero llevar esto hasta el rabo, esto es cuestión de orgullo.

—Mire que más vale un mal arreglo que un buen pleito.

—Sí, pero todos los leguleyos, rábulas y pi-

capleitos que he consultado, me dicen que tengo razón, y me han citado a Doroteo, Teófilo, Triboniano y hasta al Gallo; me han sacado el Fuero Juzgo, las recopilaciones de Indias, la Novísima, las Leyes de Toro, y sobre todo las Partidas.

—Eso es una mala "partida" que quieren jugarle.

Al cabo de algunos años, habiendo vuelto el Licenciado Rodríguez de su comisión fiscal en Europa, a donde fué a celebrar arreglos con los tenedores de la deuda de Venezuela en 1858, vió llegar a su despacho al agricultor de marras; "limpio de a fisco y arruinado de metra", quien iba a pedirle una "bamba" prestada.

Don José Santiago, extrañando verle en aquel estado de miseria, le pregunta:

—¿Y bien, qué hubo del pleito?

—Guá, lo que yo le dije, que lo gané por todo el cañón hace ya como un año.

—¿Lo ganó y está usted en ese estado?

—Eso es otra cosa. Resultó que tuve que retrovender la hacienda y los potreros por cincuenta mil pesos macuquinos, y entre leguleyos, escribientes, jueces, conjueces, árbitros y "amigables componedores" me descompusieron todo. Todo se fue en pagos de honorarios, en justificativos, inspecciones oculares, autos y papel sellado; pero gané el pleito.

—¿Y quedó usted pidiendo limosnas!... Razon tenía una gitana que me dijo en Sevilla: "Ojalá tengas pleitos y los ganes"!...



UNO QUE NO COBRA

Siendo Ministro o Secretario de lo Interior el Licenciado Cobos Fuertes, en 1845, había propuesto para Ministro de la Corte Suprema al Licenciado Vicente del Castillo, a lo cual se negó éste, aduciendo que no era por desaire a Soubllette, sino por otros inconvenientes,, por lo que no aceptaba el honroso encargo.

Cobos Fuertes fué a la casa del Licenciado del Castillo a tratar de convencerlo de que debía aceptar al menos el Ministerio fiscal, si quiera mientras duraba la ausencia del propietario; pero por mucho esfuerzo que hizo el Secretario no logró nada del intransigente Castillo, al que, al despedirse, aconsejó lo consultara bien con la almohada, que en realidad, y en los casos apurados, es la mejor consejera.

Al día siguiente extrañó a Castillo recibir el oficio en que le comunicaba el Secretario de lo Interior que previos los requisitos constitucionales el Poder Ejecutivo le nombraba Ministro Fiscal.

Constreñido de ese modo aceptó el cargo y el servicio que se le exigía; pero contestó que habiendo resuelto aceptar el empleo, no cobraría sueldo o emolumento alguno por su desempeño.

Al recibir la contestación, Cobos Fuertes, que también era un magistrado de immaculados procederes, se limitó a exclamar:

—Este hombre es más godo que todos nosotros: ¡un ministro que no cobra!... Este hombre va a introducir el desorden en la Administración!...



ANECDOTAS DE "LOS EPONIMOS"

Saliéndonos un momento del terreno de las anécdotas "caseras" que hemos contado, entremos en la jurisdicción de las ilustres, de las que el lector tiene que oír o leer con el sombrero fuera de la testa y el cigarrilo fuera de la boca.

Recordemos al perinclito Mariscal de Ayacucho, la figura más bella de la Independencia suramericana, cuya bondad, longanimidad y demás desinteresados atributos del espíritu, creemos que sobrepasan a los del mismo Washington.

Nació tan grande como generoso y bueno, que a no ser el hombre que fué, lo tendríamos entre los "tontos de pelotica". Aquellas virtudes rayaron en la santidad más acendrada. Perdonó a Luque, Olañeta y otros asesinos que, antes que Obando, trataron de matarlo.

Tal vez andando los años se canonicase o por

lo menos la Iglesia beatifique a Sucre, como a otros paladines de la espada, que quizá no demostraron tan claramente sus virtudes como aquél.

Muy chico Sucre estuvo a punto de ahogarse bañándose en las playas de Cumana; y ya hombre, sabido es, naufragó en el mar de las Antillas, cuando iba en busca de Bolívar que regresaba de Los Cayos. El pobre náufrago estuvo toda una noche dando más tumbos que "un cacho en un empedrado... acuático". Noche mortal en que sobre el dorso de las olas concitadas, erró agarrado a un baúl cuyas débiles tapas de cedro y cuero, salvaron una parte de los destinos de América y la espada redentora de Ayacucho.

Todas estas circunstancias hicieron que Sucre tuviese un miedo supersticioso a la mar, pues en ambas circunstancias lo habían sacado del agua como un pollo mojado y la barriga hidrópica.

Después de Ayacucho se prendió aquella guerra cuasi-civil en que 4.000 hombres mandados por Sucre derrotaron a 9.000 mandados por José de Lamar, en el Portete de Tarqui. Tras aquella rota inconcebible en que Sucre mostró toda su táctica, le preguntaba su paisano, el general Juan José Florés:

—Me han dicho que, a pesar del empuje y del arranque que mostró en el Portete, estuvo Su Excelencia muy nervioso, como si no tuviera fe en sí mismo.

—Le diré, General: no fue miedo sino superstición, de la que no se libran ni los espíritus superiores. Ya usted comprenderá que

Lamar no me infuade a mí respeto ni como hombre ni como estratega ni como táctico; pero sí le he tenido miedo a su nombre; no ve usted que se llama "La-mar" y yo me he ido ahogando dos veces en "la-mar", y aunque yo no me ahogo en tan poca agua, todo gato escaldado del agua fría huye.





UN CURITA QUE RESULTA SER OBISPO

El Ilmo. Revdo. señor Mariano de Talavera y Garcés, Obispo de Tricala, era un verdadero discípulo de Cristo por su humildad y mansedumbre cristianas, no exentas de varonil energía cuando le tocaban las cosas de la Iglesia. Entonces se volvía un "querre-querre", como su superior jerárquico, el Arzobispo Méndez, con quien salió desterrado por Páez por no dar el brazo a torcer.

En febrero de 1855, vivía en Caracas, y temperaba en una quinta situada más allá de Naurulí, donde disfrutaba de las auras del Anauco.

En la esquina próxima a aquel solitario sitio, una isleña tenía su guarapería. El buen curita no usaba insignia de su elevado cargo de príncipe de la Iglesia, sino simple balandrán de sarga medio verdosa por el uso y teja casi raída. Ni siquiera un familiar le acompañaba.

Al pasar de tarde por la guarapería, en las horas del bochorno solar, entrábase en el destartalado y sucio "tarantín", y sin ningún respeto humano, se "tiraba" su guarapito como cualquier hijo de vecino, servido en tosca to-tumita criolla.

De paso, la isleña, muy cristiana, gustaba de entrar en palique con el cleriguillo aquél, diciéndole: "señor cura", por allá, y por todos lados.

Una ocasión, al Ilustrísimo Talavera se le ocurrió decirle:

—Bueno, niña: me voy, que la paz de Dios sea contigo.

—Pero señor cura, yo no soy "niña", soy viuda, y fui casada no por detrás de la Iglesia, si no como Dios manda.

—Bueno, mujer: no te sulfures. Vé tú que yo no me irrito porque me digas "señor cura", cuando soy Obispo de Tricala.

El Prelado salió y la guarapera quedóse re-funfuñando:

—¡Adiós, coroto! ¡Miren al curita, qué humilde parecía y ahora sale con que es nada menos que Obispo!... Este país está perdido, y el que menos puja echa una lombriz...

Poco después de la recepción del General José Tadeo Monagas, en su segunda Presidencia, en una solemnidad efectuada en la Metropolitana, a que asistió la guarapera, vió al curita revestido de todos sus ornamentos pontificales, y la pobre mujer cayó de su burro, al ver que llevaba en la cabeza una mitra resplandeciente y más grande que él, que era seco de cuerpo y enjuto de carnes.

LOS SABIOS SON ASI

Los sabios, los verdaderos, porque hay que distinguir, no por serlo han dejado de poseer almas cándidas y buenas, que si saben resolver los grandes problemas, se vuelven locos ante un sencillo problema casero. La historia anecdótica cuenta muchas candorosas de hombres sabios como Newton, Pascal, Labruyere, etc.

Cecilio Acosta, con la pobreza y falta de ruido que en él fueron características, era un cándido y un distraído, a quien el mundo entero le importaba un comino.

Huraño, zahareño, alejado de la sociedad imbécil de sus conciudadanos, a los que debió despreciar profundamente, no estaba enterado de nada y era un inadaptable.

El sabio que sabía muchas cosas grandes, no sabía esas cosas de menor cuantía; pero que son las necesarias a la vida. Con tanto saber no supo pedir nada; ni honores ni empleos, ni nada. ¡Véase pues, cómo los sabios

son los hombres más brutos de la Tierra! En cambio, tuvo el valor rarísimo de "saberse" morir de hambre.

Tenía el ilustre Cecilio Acosta un desván lleno de libros, y notó que los ratones se los comían en sabroso banquete. Absorto ante aquel problema, lo consultó con su madre, a la que llamaba cariñosamente "mamita".

La señora le aconsejó que lo natural era abrir un boquete bastante grande como para dejar pasar un gato. En casa de don Cecilio no había gato sino una gata con dos gaticos en plena infancia, y viendo que la idea de la madre era muy buena, dijo:

—Bien, que hagan el boquete, pero que no olviden hacer otros dos más pequeños por donde también puedan pasar los gaticos.

¡Candor de los sabios! De estas distracciones está muy llena la historia de los sabios.



PIO IX Y EL ARZOBISPO GUEVARA Y LIRA

De todos los papas que se han sentado en la silla gestatoria, el único que hasta ahora ha estado en la América del Sur, fue Pío IX, cuando apenas era un curita, conde de Mastai-Ferreti. Estuvo en la Argentina, donde Rivadavia lo recibió mal, en el Perú, en Colombia y de paso, por La Guaira. ¡Qué honra para La Guaira! la cual pareció al futuro Papa un pueblo "troppo cattivo", (demasiado feo).

Cuando el Ilustrísimo señor Guevara y Lira, Arzobispo de Caracas y Venezuela, estuvo en Roma, en su visita "ad limina apostolorum", le llevó a Pío IX un "regalito" que le enviaban los fieles de la arquidiócesis caracense, y que consistía en 80.000 francos recogidos entre las beatas y chupacirios de Caracas, lo cual era muchísimo para una ciudad tan empobrecida por entonces.

Pío IX recibió aquello muy complacido,

pues como italiano le gustaba "molto il denaro e guadagnare"; y así recordó a Venezuela y a Bolívar, y que Mérida está vecina a Maracaibo. Lo cual demuestra que Pío IX sabía más historia y geografía de Venezuela que muchos escritores extranjeros de ahora.

Entre los regalos iba uno que envió doña Josefá Barceló, el cual simulaba un arbolito en cuyas ramas colgaban como frutas, moneditas de oro. El Papa exclamó:

—¡Qué bello árbol produce Venezuela! Si da semanalmente "estas frutas" mándeme muchas semillas para plantarlas en el Vaticano.

Pero según el padre Ponte, que era el cronista de aquel viaje, donde se vió palpable el carácter "entrépito" o entrometido de los venezolanos, fue cuando el Pontífice ordenó a todos los curas que iban con el Ilustrísimo Guevara, que se pusieran en círculo, según la jerarquía, para la distribución de las medallas, que eran escasas y muy contadas; y hubo acólitos de menor cuantía que, rompiendo el círculo, salieron a besarle los pies al Prelado, a tutearle y a arrebatarle las medallas, quedando muchos de los principales dignatarios sin ninguna.

Esto apenó mucho al doctor Ponte, que andando el tiempo también fue Arzobispo de Caracas, y el cual escribió que los venezolanos ni en presencia del vicario de Jesucristo en la Tierra, dejaban de ser unos faltos de respeto, entrépitos vagabundos de la Palmita y mamedores de gallo.



UN ORADOR VERBOSO

En los tiempos de la última presidencia del general Guzmán Blanco, en 1887, era presidente de la Cámara de Diputados Calcaño Mathieu, cuando se promovió una seria discusión.

El general Silva Gandolphi, que era bastante verboso y elocuente, había tomado la palabra y llevaba más de una hora larga perorando, algo insólito en la elocuencia tribunicia de nuestros representantes.

Muchos de la Cámara estaban como sobre ascuas, mientras que algunos padres conscriptos roncaban como si estuviesen en su propio y mullido lecho. El Presidente aprovechó la circunstancia de que el orador pedía un vaso de agua, para agitar la campanilla y decir:

—Se suspende la sesión hasta mañana, para que descanse el diputado general Silva Gandolphi.

—No estoy cansado, señor Presidente; y ahora es cuando voy a entrar en materia.

El taquígrafo, que ya lo era Francisco Pérez Bermúdez, se desmayó del tiro.

Y Juan Calcaño Mathieu terminó:

—Pues se suspende la sesión para que descanse la Cámara, que sí lo está.



MURIO "CAMALEON"

Dentro del antiguo gremio cocheral, que tiende a desaparecer bajo el reinado de los choferes, fué como una institución. Su nombre y apellido fueron Julio González, y era natural de Lanzarote, en las Islas Canarias, y por apodo "Camaleón".

En el viejo gremio de cocheros todos tenían apodos o alcurnios alusivos, por los cuales eran conocidos entre la gente del bronce y los "corredores de truenos" de la ya muerta "Roca Tarpeya." Así tuvimos a "Mascavidrio," el negro "Morcilla," honrado martiniqueño que parecía un tizón apagado, "Burro Negro," "Concha de Piña," "El Sapo," "Mono de Estambre," "Mono con sueño," "Barriguita," "El Sordo," y mil más que están retirados o ya murieron, y entre los cuales es como una reliquia nuestro amigo "Taparita," que ha tenido que asirse al volante automovilístico, antes de pronunciar el "finis patriae" de los cocheros.

A esa antigua cuerda pertenecía "Cama-

león," apodo que sería más aplicable a uno de aquellos políticos de los viejos partidos combatientes, pero no a un cochero, a no ser que como era isleño, con las trasnochadas, a veces estaba rojo como un tomate, y otras amarillo como un mango o verde como cáscara de patilla.

Una noche, después de la primera "moche-ra," llegó "Camaleón" al botiquín "El Polo," de Pedro González, con su "lechuza," la cual arrastraban dos pencos escuálidos y flácidos, pues acababan de hacer la campaña contra el "Mocho".

Estaba a la puerta del botiquín Julio Apon-te, que también perteneció al gremio de cocheros, había sido inspector de coches en 1892, y era distinguido con el apodo de "El Embalsamado," el cual, para tomarle el pelo a "Camaleón," le dijo:

—Guá, vale, ¿sus caballos como que se tragan algún barril?

—¿Por qué, viejón?

—Porque se le ven los aros al través del pellejo.

* —No; es que los estoy "embalsamando" como tú... sabes, para mandarlos a un museo.

Y se cayeron a fustazos, rodando por el suelo "Camaleón". Ahora ha rodado definitivamente desde el pescante a la fosa; es el último viaje que hizo al cementerio... viaje del que "non a ritorno." Como cochero de empresas fúnebres fué mucho a "Tierra de Jugo."

Ahora ha quedado allí por siempre, entre los "clientes" que arrastró por delante.

Séale la tierra leve al buen automedonte,

UN CONSUL BILIOSO

En enero de 1870, era Cónsul General de Bélgica en Caracas, el señor Carl Hahn, padre del célebre músico Reinaldo, y como en aquellos tiempos se permitían cónsules y diplomáticos licencias imposibles, llamó a todo el Gobierno que presidía el General José Ruperto Monagas y a la Junta de Fomento: "Salteadores de caminos", que se robaban descaradamente el dinero de los peajes de la carretera de Occidente.

Se armó la gran trifulca. La prensa le cayó encima al consulillo deslenguado que se había enriquecido en Venezuela y ahora la denigraba.

"Mientras la Legación española, decía "La Opinión Nacional", funda un periódico en Caracas con el único objeto de predicar el descrédito de Venezuela y llamar negros a los venezolanos, los cuales, según la literatura de don José Segundo Flórez, son todos indoafricanos y latro-insurgentes, el cónsul no se

duerme en las pajas y acude a la prensa de la capital para llamar "¡Salteadores de camino!" desde el Presidente de la República hasta el último ciudadano".

El Gobierno se limitó a retirarle al cónsul su exequátur; pero el general Ignacio Galán, recién nombrado Ministro de Guerra, opinaba por la guerra, por calafatear tres o cuatro guayucos y enviarlos a bloquear todos los puertos de Bélgica. El Ministro de Relaciones Exteriores, doctor Rojas Paúl, y el de Relaciones Interiores, Vicente Amengual, trataban de calmarlo.

—Calma, calma, general; ya lo arreglaremos todo por la vía diplomática, decíale Rojas Paúl.

—¿Pero cómo vamos a aguantar que nos llamen ladrones?

A lo que terminó Amengual diciendo:

—Después de todo, general; puede que tenga razón. Acá inter nos, general: ¿cuántas gallinas no se ha robado usted en sus campañas heroicas?

Y el general Galán que no sólo lo era de apellido sino por su valor y pulcros procederes, se rió maliciosamente, tal vez advirtiendo que le hablaba un colega, es decir, otro "general", y así desistió de su terrible proyecto de bloquear a la pobre y misera Bélgica, la cual se salvó de que hoy fuera dominio venezolano.





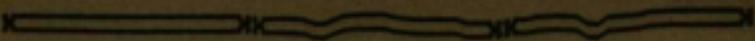
EL DOCTOR CENTAVO

Siendo Ministro de Fomento del Gobierno azul, el doctor Agustín Avelado, quien muy brevemente se metió en el "imbroglio" de la política, pasó al Administrador General de Correos, una nota en que le decía ser un abuso insostenible el que los carteros cobraran un centavo fuerte por cada carta que llevaban a domicilio, pues los dichos carteros eran empleados de la Administración con sueldo legal.

El Administrador, señor M. Uztáriz, contestó que así lo ordenaría y que si no lo había hecho antes era por escasez de recursos del negociado que no permitía pagar con la debida puntualidad a sus carteros.

Desde entonces, entre el gremio de los carteros, dieron en llamar al pulquérrimo Licenciado: "el Doctor Centavo."





EL SOLDADO DESCONOCIDO

Muchos, faltos de anécdotas, creen, aquí como en Europa, que la celebración de la fiesta del "Soldado Desconocido" es obra de D'Annunzio o de otros ingenios que han querido eternizar en el bronce y en la gloria los muertos anónimos de la gran chamusquina de 1914.

Pues loar a los muertos desconocidos de la guerra se le ocurrió, mucho antes, a uno de los veteranos de nuestras letras, que por entonces era un jovencito "aunque" ya ministro.

Fué a don Francisco de Sales Pérez, de quien víctima de una acusación acerba por parte de otro gran literato, reprodujo la prensa en 1869, una hermosa meseniana, estilo Juan Vicente González, en que cantaba en prosa y en doctísimo elegía, a los muertos en nuestras devastadoras e infructuosas luchas civiles.

Nada más noble. La "pila" de muertos consumidos en la hornalla de la guerra civil, en Venezuela, desde la Independencia, que fué la

primera, no la brincaría un venado en velocidad de carrera; y nadie había tenido un recuerdo para ellos.

Al fin de aquella bella meseniana, dice don Francisco: "Oh! "muertos desconocidos," para quienes la trompa de la fama no tendrá una nota, ni la historia una letra, yo os he reservado el raudal de mis ojos y la pena de mi corazón".

Véase, pues, como don Pancho pensó en los "muertos desconocidos venezolanos" antes que los italianos, franceses e ingleses que hoy elevan soberbios monumentos a sus Soldados Desconocidos. España levantó una estatua al Héroe de Cascorro, al soldado Eloy Gonzalo García, que realizó en la última guerra de Cuba una hazaña memorable.

Y es verdad, también, aquí tenemos un busto aunque modesto, del Negro Primero, que representa el valor anónimo de nuestro pueblo.



UN CONTRABANDISTA CON HIGADOS

En aquellos tiempos de continuo desbarajuste fiscal o hacendístico, el general Z., como buen margariteño, era un contrabandista de primera, que jamás pensó en pagar derechos de aduana. Era el terror de los mares y del Resguardo.

Una ocasión se presentó al administrador de la aduana de La Guaira, diciendo que iba a pagar los derechos de unas mercancías que esperaba de Trinidad, derechos que montarían a unos mil bolívares más o menos.

El administrador, "aterrado", comunicó por telégrafo aquél hecho insólito al Presidente Genl. Alcántara, y éste aterrado también, le contestó: "Por moralidad no se le debe cobrar a un hombre que nunca ha querido pagar. No le cobre, pero vigile mucho las costas, porque ese vagabundo sin duda, va a meter el contrabando más gordo de los que hasta ahora ha

metido. Desconfie de los rasgos de formalidad de los informales”.

Efectivamente, aquella noche el general Z., metió un contrabando gordísimo... y no lo supieron.



“YO NO SIGO ASI EN LA POLITICA”

Según cuentan, era un honrado y buen ciudadano aquel señor que durante una de las administraciones del Ilustre, fue Administrador de correos. Hombre servicial como pocos, era muy estimado por la familia del Presidente, que le cometía las más íntimas y confiantes comisiones femeniles, y así lo llamaban familiarmente “don Cacho”. Le tenían como de la familia.

Cierta ocasión que salía del despacho del Ilustre; lo atisbó y lo llamó de una de las habitaciones interiores de la casa, la señorita Anastasia, hermana de la Presidenta, doña Ana Teresa.

—Don Cacho! don Cacho! venga usted, hágame el favor, si lo estaba buscando como “palito de romero”.

—Vamos a ver. ¿Qué tripa se le ha roto, a la niña Anastasia?

—No se me ha roto ninguna tripa, "don Cacho", pero deseo que me desempeñe una comisión que sólo usted... Ya sabe, sólo usted, ya que no puedo salir hoy.

—¿De qué se trata?

—Tenga la bondad de llevar este corset a "La Compañía Francesa," y decirle a Amelia que me estrecha mucho en el bazo, en el hígado, en fin, que hay que hacer otro.

Tomó "don Cacho" su "corset", lo envolvió en un papel sedátil rosa-rosa y se marchó con su honorable embajada, ante la señorita Amélie Perrault, una de las fundadoras del almacén de modas "La Compagnie Francaise".

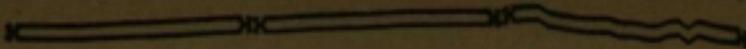
—Mire, niña: le manda a decir la señorita Anastasia que este coroto le aprieta mucho que se yó dónde.

—Pues dígale usted que venga, que con mucho gusto le haremos otro.

—Nó, nó; mándeselo usted a decir, porque lo que es yo no sigo así "en la política."

Y tirando el corset sobre el mostrador se marchó muy satisfecho.





SANTOS ZARATE

Fue don Eduardo Blanco, notable hombre público, ministro en varias ocasiones, académico, historiador y novelista.

Aún recordamos aquella su prestancia varonil y garbosa hasta en la ancianidad. Era corpulento como un roble, de proporciones estatuarias y hercúleas, parecía un soberbio mosquetero de los tiempos de Artagnan.

Fué su obra más notable "Venezuela Heroica," en que más que como historiador, como un homérica, canta en prosa rotunda y relampagueante el estrépito de los combates, el furor de la pugna bélica, y ante los ojos desfilan, en un tropel de centauros, Las Queseras, Mata-siete, Boyacá, La Victoria, Carabobo.

Y en todas hace resaltar, como Carlyle, el culto por el Héroe Magno. También tuvo idolatría por Páez, de quien fué su edecán de confianza, ya en los postreros días de su actuación.

Novelista, mostró mucha imaginación y mu-

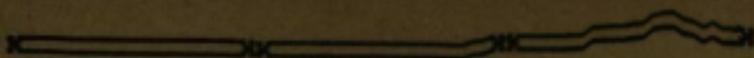
cho vuelo en sus novelas: "Santos Zárate," que es el "Diego Corrientes," el bandido generoso de Venezuela, y en "La Penitente de los Teatinos," "Una Noche en Ferrara," Fauvette y otras.

Como don Eduardo era de imponentes modales y hablaba siempre en voz alta, cierta vez, una de las viejas criadas de la casa observó que en el gabinete donde escribía el novelista, éste se paseaba con un gran legajo de papeles en las manos y hacía ademanes de dirigirse a algún sér invisible haciendo tremendas declaraciones.

La buena mujer, aterrada, corrió hacia la honorable esposa del ilustre novelista, diciendo:

—Señora: corra usted... don Eduardo está loco de metra o es espiritista, pues parece que está hablando con un tal Santos Zárate, que es un bandido y quiere robarse una niña.





UN LLANERO MARRAJO

Es bien conocido el que se llamó atentado del 24 de enero de 1848. Y andan las cosas de la historia tan controvertidas que todavía dudamos si el atentado fué del Gobierno contra el pueblo o del pueblo contra el Gobierno. ¡Allá los historiadores, historiógrafos o histriones que se ocupen con el suceso!

Aquí, y para ilustración del pueblo no nos interesa un comino la filosofía de la historia, sino la parte anecdótica y hasta cómica, pues en aquellas lúgubres circunstancias no faltaron rasgos de heroica comicidad.

Al ruido de los disparos de fusil y de pistolas que se cruzaban entre la guardia que custodiaba la Cámara y el pueblo indignado, del tiro se le quitó al doctor Palacio el hipo que en aquellos momentos tenía.

Era el doctor Palacio, representante del Guárico, llanero viejo con más escamas que un corroncho y más puntas que un cabestro de cerda. No por cobardía, sino que acostumbra-

do como todo llanero a combatir en campo abierto, tiró de la "Santa Catalina" que siempre llevaba al cinto y se dispuso a salir abandonando el alto sitio de la Presidencia.

En medio del bululú, un estudiante lo detiene y le grita que vuelva a su sitio, y el doctor Palacio responde:

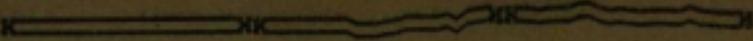
—Yo peleo en banco de sabana, pero no peleo "enchiquerado" como caballo "maniao" en manga, entre estos cuatro paredones. El que quiera ver un llanero alegre con una lanza en la mano que salga para afuera, caray!

—No doctor; aquí lo que falta es civismo; hay que morir como un romano.

—Yo no soy de Roma, yo soy de Calabozo, y aquí voy a quedar yo como cucaracha en baile de gallinas.

Y como un toro orejano, altanero y desafiante, "brincó la palizáa," y se fué con la sogá arrastras.....





EL ACTUAL DECANO DEL PERIODISMO CARAQUEÑO

En aquellos días en que el *Iustre Americano* pretendía hacernos suizos, metiéndonos una constitución sólo propia de la República helvética, acababa de dejar la Universidad a los 30 años, en 1880, Andrés Jorge Vigas, que es hoy el decano de nuestros periodistas, y por tanto "más viejo que siete loros," como le decía su amigo el "Cuarto Carancha".

Naturalmente, con el ardor de la juventud, y como él mismo nos lo cuenta, creyó que sabía más derecho que Doroteo, Teófilo y Triboniano, que el mismo autor de la *Pandectas*, y los que hicieron las *Siete Partidas* y el *Fuero Juzgo*.

Como se discutía en el Congreso el proyecto de reformas a la Constitución, Andrés Jorge se arrancó por todo lo alto con unos despiporantes editoriales contra la idea suiza o "suizida" del general Guzmán Blanco.

Lo supo éste, y se hizo llamar a Fausto Teodoro de Aldrey, a quien preguntó:

—¿Conoce usted a ese mocoso o mozalbete que escribe en no sé qué papelucho contra mis ideas suizas?

—Sí; me dicen que es un señor que acaba de salir de la Universidad, donde estudió derecho.

—¿De la Universidad?... ¡Nido de imbéciles y de idiotas!... ¡Si lo sabré yo que también estuve allí!... Ya le vamos a sacar virutas a ese Vigas, para que aprenda a ver la "viga" en su ojo y no la paja en el ajeno.

Guzmán siguió despachando y echando algunas firmas, en tanto que Aldrey, creyendo que a Vigas lo mandaría lo menos a poner en la cárcel, rezaba cuánto sabía por el pobre papelero. Cuando Aldrey vió que el Ilustre se desocupaba, se atrevió a preguntarle.

—Bien, general, ¿qué hacemos con Vigas?

—Ah, sí; pues me lo nombra redactor de "La Opinión Nacional," y me lo manda a mi Secretaría, para que vaya aprendiendo cuán distinta es esa ciencia libresca y teórica de la política que se aprende en las universidades y en Florentino González, y esta política criolla, más difícil porque no se aprende en libros, sino luchando con tanto generalote y cacique.

De este modo entró Andrés Jorge Vigas en la redacción de "La Opinión Nacional" y en la Secretaría del Presidente, donde comenzó a comprender que el ilustre era más grande que una mata de coco.

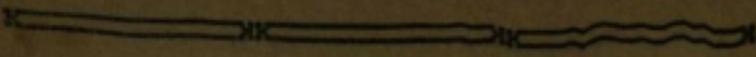
Y aprendió tanto lo que es la política criolla, que al año siguiente, en enero de 1882, el general Guzmán Blanco tuvo que "desterrarlo" mandándolo de "ataché" de la Legación de Venezuela en Washington.

BOLIVAR Y LAMARTINE

Mucho nos han gustado las explicaciones del Excelentísimo señor Ministro de Francia, a propósito del caso de la "Rue Bolívar". ¡Ojalá esté en lo cierto, porque aunque uno o todos los ediles del Municipio de París ignoran quién fué Bolívar, el Gobierno francés no puede ignorarlo; sobre todo con el jarabe de pico que hemos gastado en pro del Héroe Máximo de la Independencia suramericana.

Hace 70 años, precisamente en enero de 1856, los franceses debieron ignorar con mayor razón, a Bolívar, sin embargo, hubo un francés llamado Alfonso de Lamartine que intentó escribir la "Vida de Bolívar"

En aquellos días, Lamartine que era muy botarate, tenía más hambre, como dice nuestro pueblo, que un ratón dentro de un saco de clavos, la sociedad caraqueña que supo la necesidad del ilustre político y literato francés, porque él mismo lo había hecho saber a todo el orbe por donde andaba su nombre egregio, se apresuró a abrir una suscripción en la Li-



LEON COLINA Y LA "POETICA" DEL GOBIERNO

Cuando en 1869 el General Guzmán Blanco, después del baile del 14 de agosto, preparaba la revolución contra los azules, desde Curazao, el Gobierno se incautó de varios documentos y cartas sediciosas entre las que había dos de León Colina, soberbio prestigio de la revolución, quien le escribió al coronel Wenceslao Hidalgo, prometiéndole que volvería "no muy tarde" a bautizarle un chico.

Como el bravo Colina era un gran guerrillero, pero no un gramático, andaba tan reñido con la ortografía como con los azules, y así le escribía a la señora Juliana de Méndez:

"Desde mi viaje a Caracas que recibí la última carta de su esposo mi amigo no he tenido otra de él, y todavía no he resibido contesta de esta última mia, cuyo cilencio no estraño tanto por lo asaroso de la cituación y por lo mismo me dirijo a usted que tal vez su nombre

no infunda sospechas a los hombres del poder y puedo por lo mismo tener contesta de mis cartas".....

Y al coronel Hidalgo, refiriéndose al asunto bautismo del chico, le dice:

"Por nada vaya usted a permitir que otro sirva de padrino al niño que me está destinado, él puede vivir bien asta que yo vaya que no será muy tarde y entonces selebramos el acto con todo gusto. Entienda que yo no me conformo con que me ofrezca "fabricar otro" para devolvérmelo".....

Y lo más curioso fué que el General J. M. Hernández decía al incautarse de la correspondencia revolucionaria, en documento público: "Como el ciudadano Presidente en campaña no tiene motivo para variar la "poética" que ha seguido hasta hoy, y desea se conozca en el país el nombre y propósitos de los revolucionarios, ha resuelto que se publique esa correspondencia".....

¿Qué "poética" sería ésa del Presidente en campaña?



UN CABALLO DE ALQUILER

Los amigos de Arturito Llamozas, uno de nuestros más famosos taquígrafos, recordamos muchas saladas planchas de cuando se permitía el lujo de tener ingenio, con el cual han acabado los paraísos artificiales, pues Arturito fué, en sus buenos tiempos, enemigo acérrimo de la ley seca.

Sin embargo, como en conuco viejo nunca faltan batatas, ahora tiempos le oyó decir a un amigo que había alquilado un caballo, a Alvarado, porque al día siguiente iba a hacer un viaje a Macarao.

Inmediatamente, se presentó en la cocheta del señor Alvarado, a quien le dijo:

—A ver, amigo Alvarado, tenga la bondad de decirme: ¿Cuál es el caballo que le alquiló don Pepe para el viaje a Macarao?

—Aquí está.

Lo vio Arturo, sacó una cinta métrica y se puso a medir el caballo de pies a cabeza. Lo midió de frente, de costados, por detrás, por todos lados, hasta que el amo de la bestia, intrigado por aquel "metraje," le preguntó:

—Pero, bueno, ¿qué tanto mide usted al caballo? ¿acaso es una película lo que voy a alquilar?

—Le voy a decir: es que somos cuatro los que vamos a ir sobre el caballo hasta Macarao, y me parece que en esa sardina no vamos a caber...!

—¡Así es la cosa! Tome inmediatamente sus diez bolívares y lléveselos a don Pepe! ¡Que alquile un automóvil!

Y Arturito se armó con diez bolos, que era lo que le interesaba.

